



Preguntas de la Clínica II



Grupo Nebrija de Estudios Psicoanalíticos

Varios Autores

Preguntas de la Clínica II

Ver - 1. ed Buenos Aires

Preguntas de la Clínica II

Introducción

Publicamos los trabajos que se produjeron a lo largo de distintas investigaciones en Nebrija, en el marco de la investigación que llamamos ***Preguntas de la Clínica.***

Esta actividad parte de destacar el valor de la pregunta y de la concepción de que la escritura debe integrar la formación del analista desde un principio. Suele decirse que la fidelidad a un autor consiste en sostener sus preguntas y no en acordar con sus respuestas. Sostener las preguntas y ver qué pregunta hay escondida en cada respuesta arma un camino- siguiendo las ideas de María Zambrano- y, de vez en cuando hay un claro en el bosque, donde se reponen fuerzas y se reflexiona antes de continuar el camino.

Preguntas de la clínica es uno de esos claros, en su transcurso y ahora en esta segunda presentación que, de una manera quizás tardía, da cuenta de los caminos recorridos por sus autores.

Esta publicación es el resultado de diversas investigaciones que se dieron durante estos años, siempre con el mismo dispositivo: que el investigador comenzara en grupos que se constituían con un máximo 5 personas, trayendo 20 preguntas cada uno/a,

confeccionadas espontáneamente, pensando en los inconvenientes o en ocurrencias surgidas de su práctica diaria.

Acompañados por un coordinador, el trabajo a lo largo de un año, y dando lugar al intercambio, había un tiempo de leer, de realizar búsquedas bibliográficas, y finalmente de escribir y discutir los trabajos.

Coordinaron, acompañaron y colaboraron con las investigaciones: Andrea Goldenberg, Edgardo Álvarez, Carolina Durán, Beatriz Tarsia, Silvia Lederman, Elisa Ponieman, Victor Fillippi y Rogelio Senar.

Los Trabajos

El Capricho

Viviana N. Berarducci

Si supieras todas las fuerzas internas que han terminado por agotarme, todas las locuras que me han pasado por la cabeza...

Soy ante todo hombre de fantasía, amigo del capricho y de lo deshilvanado.

Gustave Flaubert

Resulta habitual escuchar decir que los chicos son caprichosos, que el capricho es de los niños, que el capricho es infantil. Parecería que se ubica al capricho sólo en la infancia.

Pero acaso ¿no existe también en los adolescentes, adultos y ancianos?

Este trabajo de investigación surge a partir de la pregunta acerca de cuál es el estatuto del capricho en la práctica psicoanalítica y a qué es convocado el analista cuando aquél aparece en el curso del análisis de pacientes de diferentes edades.

Comenzaré con la etimología.

Capricho: del italiano **CAPRICCIO**, antiguamente "horripilación, escalofrío"; modernamente,

"idea nueva y extraña en una obra de arte", "antojo, capricho" y éste del antiguo **CAPORICCIO** contracción de CAPO: "cabeza" y RICCIO: "erizado".

En el sentido de "antojo" o matices análogos, **CAPRICCIO** aparece en la segunda mitad del siglo XVI, mientras que la acepción remota de "horripilación causada por el miedo, escalofrío de horror" surge en el siglo XIII.

Cambia más tarde la expresión caporiccio en **CAPRICCIO** por influjo de la cabra, por sus brincos y saltos inesperados y por la creencia popular de que las cabras están poseídas por el Demonio, creencia motivada por su carácter insólito y bizarro.

La evolución semántica del término sería entonces: horripilación/impresión súbita, ocurrencia extraña de un artista/ antojo.

Por otro lado, encontramos la palabra capricho en distintas disciplinas. Para el arte, un capricho es un adorno, un detalle en una obra que rompe con lo acostumbrado y en el que se manifiesta la fantasía del autor. **Los Caprichos de Goya** (serie de 80 grabados) es una obra de pura imaginación, más que una obra atenta a la observancia de las reglas. Representa una sátira de la sociedad española de finales del siglo XVIII, sobre todo de la nobleza y el clero. Se ejecuta por fuerza del ingenio

y la imaginación del autor.

En arquitectura, un capricho es un edificio extravagante; se trata más bien de una expresión artística y fantasiosa que de una finalidad práctica (Castillos de los Cuentos de Disneylandia).

Desde la música, un capricho se trata de una forma de estilo libre, con variaciones de ritmo, de carácter vivo y animado.

Se emplea también "capricho" para designar las venas del carbón, ya que son irregulares.

Existen locuciones en relación con el término:

*A capricho: sin sujeción a normas, como se desea, sin tener en cuenta el parecer del otro.

*Darse un capricho: satisfacer el deseo de una cosa aunque no se precise. "Este reloj es un capricho de mi mujer".

*Entregarse a un capricho: en lenguaje rufianesco, conceder una mujer sus favores a un hombre sin estipendio alguno.

*Se encaprichó con fulano o fulana como un amor pasajero.

*Los caprichos de los Dioses: quienes sembraban descendientes por cielo y tierra.

*Los caprichos de la moda.

*Loco como una cabra.

*Los antojos (caprichos) de las embarazadas.

Viñeta clínica

Felipe comenta que fue a una reunión de compañeros de secundario: "yo no quería ir, uno de ellos fue amigo mío desde la infancia. Vivía enfrente de mi casa, íbamos juntos al colegio, jugábamos en su casa o en la mía. Después, yo me mudé y volví a verlo en el secundario. Él, a través de Facebook, convocó a esa reunión, yo no quería ir. Éramos cinco. Pero fue terrible. El que convocó se la pasó hablando todo el tiempo. Fue a Malvinas, combatió y lo repite una y otra vez."

Ante mi pregunta acerca de si se había angustiado con el relato, respondió: "No, yo la pasé mal en la colimba, hacía guardias interminables, con poco abrigo, sin abrigo, con sueño, hambre. Estaba en la aeronáutica de Ezeiza. Pasé un esfuerzo extremo. Los francos eran desde las 18hs hasta el día siguiente a las 6 de la mañana. Tenía dos horas de viaje para llegar a mi casa y otras dos para volver. Creía que nunca iba a salir de ahí. Todavía sigo soñando con eso, estar a punto de salir de franco y tener que quedarme." Pregunto: ¿Por qué?, y responde: "Por puro capricho del milico, no porque no, un capricho. Yo acá soy muy educado pero a

veces ante lo que me molesta tengo una actitud beligerante. Yo no puedo estar contando esto porque me parece una pavada al lado de lo que contaba este tipo que fue a Malvinas. A los dos días de la baja empecé a trabajar en una agencia de publicidad con un tipo que esperó a que yo saliera de la colimba, quería que trabajara con él. Trabajaba en el Centro de 8 a 17hs. Salían todos y yo no sabía qué hacer a la salida."

Felipe es tomado como objeto del capricho del otro, quien ejerce sobre él dominio, cohesión, le impone arbitraria y coactivamente una voluntad que le es ajena (tener que quedarse).

Así, el paciente permanece sumido en angustia, frustración y odio; su "actitud beligerante ante lo que le molesta" no puede llevarse a cabo.

A la salida del trabajo, hay turbación, no sabe como situarse en la situación, se siente sin recursos simbólicos.

Sigmund Freud, en el caso Emmy nos dice:

"A mi pregunta de cuál era su opinión sobre el origen de sus dolores de estómago, me respondió, incapaz de fingimiento: "Creo que son consecuencia de mi miedo, pero sólo porque Ud. me lo asegura así." Inmediatamente la hipnosis y le pregunto de nuevo: ¿Por qué no puede Ud. comer más? La respuesta siguió en el acto, y consistió en una serie cronológi-

camente ordenada de motivos dados en su memoria: Siendo niña me negaba a veces por puro capricho, a comer la carne que me servían. Mi madre se mostraba siempre muy severa en tales ocasiones, y como castigo me hacía comer dos horas después lo que me había dejado, sin calentarlo ni cambiarlo de plato. La carne estaba entonces fría y la grasa se había solidificado en derredor... (Repugnancia). Aún veo ante mí el tenedor que mi madre me hacía coger... Una de sus púas estaba algo doblada. Cuando ahora me siento a la mesa, veo siempre delante el plato de carne fría y la grasa solidificada. Muchos años después viví con un hermano mío, oficial del Ejército, que padecía una terrible enfermedad. Yo sabía que era contagiosa y tenía un miedo horrible de equivocarme y usar sus cubiertos (Terror); pero, sin embargo, comía con él para que nadie advirtiera que estaba enfermo. Poco después hube de asistir a otro hermano mío, tuberculoso." ¹

En la epicrisis Freud agrega: "...la anorexia de Emmy nos ofrece el mejor ejemplo de una tal abulia. Si come tan poco es porque no halla

¹ Freud, Sigmund, "La Histeria - Historiales Clínicos: La Sra. Emmy de N.", en *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1967, Vol I, p. 51.

gusto ninguno en la comida y esto depende a su vez, de que el acto de comer se halla enlazado con recuerdos repugnantes. Es imposible comer con repugnancia y placer al mismo tiempo. De niña el miedo al castigo, la forzaba a comer con repugnancia la comida fría y posteriormente el temor a disgustar a sus hermanos le impidió exteriorizar los afectos que la dominaban mientras comía con ellos".²

Freud en *Psicología de las Masas*-“Enamoramiento e hipnosis”, dice:

“El lenguaje usual permanece siempre fiel a una realidad cualquiera, incluso en sus caprichos. Así designa con el nombre de “amor” muy diversas relaciones afectivas, que también nosotros reunimos teóricamente bajo tal concepto; pero dejando en duda si este amor es el genuino y verdadero, señala toda una escala de posibilidades dentro de los fenómenos amorosos, escala que no ha de sernos difícil descubrir”.³

En *Psicopatología de la vida cotidiana* “Olvidos de nombres propios” dice:

“En el olvido temporal de los nombres se manifiesta en muchos casos que no sólo se olvida, sino que

2 *Ibidem*, pp. 54 - 55.

3 Freud, Sigmund, “Psicología de las Masas y Análisis del Yo - Enamoramiento e Hipnosis”, en *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1967, Vol I, p. 1148.

además se recuerda erróneamente. Acuden a la conciencia del sujeto “nombres sustitutos” que son rechazados en el acto como falsos. Tal desplazamiento no se halla a merced de un mero capricho psíquico cualquiera, sino que sigue determinadas trayectorias regulares y perfectamente calculables, o, por decirlo de otro modo, presumo que los nombres sustitutos están visibles en conexión con el buscado (Signorelli)”.⁴

Podemos considerar al capricho en dos vertientes, no en carácter de oposición sino de inclusión. 1) De un modo general, el capricho aparece como una voluntad súbita (quiero, no quiero), irracional (sí por que sí, no porque no), inesperada.

Asimismo, como una idea novedosa, imprevista, con carácter “absoluto”, incondicionado; una ocurrencia que puede ser artística, inconstante e irregular.

El capricho no da sus razones, ni tampoco se discute, es un deseo arbitrario allí donde la ley falla, ya que ésta no lo regula todo.

2) Otra vertiente a tener en cuenta, más es-

4 Freud, Sigmund, “Olvido de nombres propios”, *Psicopatología de la vida cotidiana, Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1967, p. 629.

pecífica y que concierne a nuestro quehacer, sería dónde se ubica el capricho y quién lo sanciona como tal. Podríamos pensar las siguientes posibilidades:

a) Cuando el sujeto lo observa en sí mismo y ante el otro (caso Emmy).

El sujeto del capricho: sería el sujeto de su propio querer, quien intentará imponer de manera irracional y absoluta, su deseo, sin considerar al otro, ya que sólo es válido lo que él desea. Ahí pondrá en juego su batería de recursos para ejercer su dominio sobre el otro. (Ej.: quiero que mi marido tenga un trabajo más remunerado; no quiero que mi hijo estudie música, ¿de qué va a vivir?).

b) Cuando el sujeto lo observa en el otro y no le concierne (a mi vecina se le antojó comer guiso en un día sofocante de verano).

c) Cuando el sujeto es tomado como objeto del capricho del otro. Es tomado por el capricho del otro, que pretende someter al sujeto, cuyo deseo es aplastado por esa demanda, queda sujetado a su omnipotencia (viñeta clínica).

d) Cuando el capricho del sujeto es una respuesta a la demanda caprichosa del otro. Resistiendo ante ese otro omnipotente, el sujeto responde con otro capricho (ahora propio), como una manera de proteger su deseo ante esa demanda caprichosa del otro, y abriendo allí una posibilidad de corte, de se-

paración, que parece ser eso lo que reclama. Presionando con su capricho, el sujeto pondría ahí de manifiesto la imposibilidad del otro, su castración.

Conocemos sujetos de todas las edades que tienen preferencias y aversiones, cuánto se aferran a ambas y lo reacios que son a dejarlas. El caprichoso opta por el hambre antes que comer un alimento que rechaza, elige pasar frío a ponerse un abrigo "demodé" o seguir con tos a tomar un jarabe amargo.

Este juego de dominante-dominado que subyace en el capricho no deja de provocar padecimiento.

Creo que el analista debe estar atento ante la aparición del capricho cuando se presenta en el transcurso de un análisis. Si bien aparece como una locura deshilvanada, el capricho oculta un argumento a develar. No se trataría de suponer que al paciente "ya se le va a pasar" o que "es algo momentáneo", sino de perseverar en la interrogación y en el análisis del mismo para posibilitar una deriva significativa y no una fijación en la obstinación o en la terquedad.

Bibliografía

María Moliner, *Diccionario del Uso del Español*, Gredos, Madrid, 1992.

J. Corominas - J.A. Pascal, *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*, Gredos, 1991, Vol. I.

Johann Wolfgang von Goethe, "El Capricho del Enamorado", *Grandes Clásicos - Obras Completas*, Tomo IV, Aguilar, México, 1991.

Sigmund Freud, "La Histeria - Historiales Clínicos: La Sra. Emmy de N.", *Obras Completas*, Vol. 1, Luis López-Ballesteros y de Torres, Biblioteca Nueva.

Sigmund Freud, "Olvido de Nombres Propios" en Psicopatología de la Vida Cotidiana, *Obras Completas*, Vol.1, Luis López-Ballesteros y de Torres, Biblioteca Nueva.

Sigmund Freud, "Psicología de las Masas y Análisis del Yo - Enamoramiento e Hipnosis", *Obras Completas*, Vol.1, Luis López-Ballesteros y de Torres, Biblioteca Nueva.

Jacques Lacan, "La relación de Objeto", *Seminario IV*, Clase 11, Paidós.

Jacques Lacan, "Las Formaciones del Inconsciente", *Seminario IV*, Clase 10, Paidós.

El Secreto

Miriam Bruk

Hacía mucho tiempo que P tosía antes de tocar la puerta del consultorio a la exacta hora de su sesión.

Le había dicho que me avisaba su llegada pero este tipo de comentarios caían sin pena ni gloria.

Esta vez, después de escucharla toser, le conté que había un caso muy conocido en el Psicoanálisis en que el paciente tosía antes de entrar al consultorio, como aviso, suponiendo una escena sexual del analista.

Así ocurrió, dijo P inmediatamente... "me parece que tengo que contarte algo...".

P tenía un secreto.

Esta situación llevó a preguntarme por la dimensión del secreto, tanto en el contexto de un análisis, como en la constitución subjetiva.

El dispositivo analítico formula un adentro y un afuera. El borde lo plantea el secreto profesional. El analista asume que guardará en secreto

aquello que el paciente viene a contar. Al paciente, la regla fundamental lo invita a decir "todo" lo que se le ocurre... como si "todo" pudiera ser dicho. Engaño necesario que le prepara el terreno al sujeto para el encuentro con lo imposible de decir.

No nos sorprende que el secreto y su revelación aparezcan como resortes en la experiencia analítica. Aunque la sorpresa nos indica ese instante.

La constitución subjetiva incluye el pasaje por ese momento en el cual el niño descubre que su pensamiento no es transparente a sus padres. Ese momento donde descubre que hay cosas de sí que él sabe y el Otro, no. También en tiempos de constitución, está incluido el Fort-da y sus equivalentes, aquellos juegos tan placenteros en la infancia como esconder y descubrir.

Momento de posibilidad de decidir qué de lo que piensa quiere contar y que no. Pero ¿por qué un paciente no cuenta algo hasta determinado momento de su análisis?

La palabra secreto viene del latín *secretus*. *Secretus* viene del verbo *secernere* que quiere decir, "poner aparte".

El verbo latino *secernere*, podría ser una combinación del indoeuropeo *se* (que denota separación y está presente en los verbos separar, segregar, seleccionar) y el verbo latino *cernere* (analizar, distin-

guir, ver, crimen y excremento).

Secenerere no es sólo poner algo aparte, sino ubicarlo en donde no llame la atención o no se pueda distinguir o analizar. Todo indica que algo se filtra, una selección de cosas o ideas.

"Secretaria" se refiere a alguien que guarda los secretos (de oficina, de estado, etc.), los temas que no tienen que ser conocidos por otros. También es desde donde se conocen.

Si el secreto es lo que se aparta, podemos pensar que de un conjunto, algo se distingue, se abstrae. El conjunto puede ser de cosas, de pensamientos, de palabras, de personas, de fantasías.

Entonces, por qué no concebir que la sola presencia del analista promueva la producción en transferencia del secreto. De hecho, ¿es posible pensar a un sujeto en continua revelación? EL sujeto ahora es sorpresa, ahora es otredad, ahora se vuelve a instalar el velo: el no saber.

Hay otro aspecto del secreto: la culpa. En relación al Otro, a las normas, las prescripciones, los valores y prohibiciones sociales. La culpa que supone faltar a la demanda del Otro, faltarle al Ideal. Incluso al ideal de la época.

El sociólogo Simmel, preguntándose por el límite entre reserva y respeto al otro, dice respecto

del matrimonio moderno, que ese límite no está pre-fijado como en culturas anteriores. Los griegos llegaron al máximo de diferenciación. Para dar cuenta de esto, el sociólogo cita a Demóstenes: "Tenemos hetairas para el placer, concubinas para las necesidades diarias y esposas para darnos hijos legítimos y cuidar del interior de la casa".¹

Planteadas así las cosas no existiría necesidad ni posibilidad de confiarse íntimamente uno a otro.

Inversamente, la idea sociológica del matrimonio moderno, incluye todos los contenidos vitales así como los intereses económicos, religiosos y el derecho de familia. Esta exigencia ideal produciría desilusiones propias a la idea de unidad absoluta. Sin embargo, las relaciones más íntimas respetan la propiedad interior que limita el derecho a preguntar por el derecho a guardar secretos.²

Para el Psicoanálisis, el sujeto está dividido, por lo tanto la idea de unidad está perdida desde el inicio. El sujeto está en relación con una falta y la culpa aparecería en este caso como señal del deseo, indicando la implicación subjetiva.

El secreto supone que algo se ha separado, desu-

1 J. Simmel, "El secreto y la sociedad secreta" en *Sociología. Estudios Sobre Las Formas De Socialización*, Tomo I, cap. V; Espasa Calpe. Buenos Aires.

2 *Ibidem*, p. 347/8.

jetado del Otro. Algo escapa a la palabra del Otro. Aparece la diferencia. El desconocimiento del Otro (tanto desconocer al Otro, como ser desconocido por el Otro) produce una distancia necesaria para respirar, para que respire el deseo. O dicho mejor, "el desasimiento del Otro", como condición absoluta del deseo.³

En "La carta Robada", E. A Poe, le hace decir al protagonista del relato que "... es la posesión (de la carta) y no el empleo que se le dé a ese documento lo que le da su ascendiente. En cuanto hiciera uso de la carta desaparecería el poder que ahora tiene."⁴

Esto me hace pensar en la pérdida de goce que conlleva la revelación de un secreto en análisis. Algo deja de tener poder, cae, pierde vigencia. También eso que tiene valor en su condición de "apartado", como por ejemplo la carta robada, que para no ser descubierta es dejada a la vista entre otras. Lo que me lleva a asociar a la "regla fundamental". Si no, por qué Freud nos estimula a alentar aquello que el sujeto considera nimio o sin importancia.

3 J. Lacan, *Seminario, Las formaciones del inconsciente (1957-1958)*, Libro V Editorial Paidós, Buenos Aires, 1999, P. 390.

4 Poe E. A, "La carta robada", *Narraciones Extraordinarias*, Editorial Juventud. Barcelona, 1957, Pp. 127/8.

Quizás el verdadero secreto revelado en análisis no sea aquel que el sujeto considera como un secreto que deba revelar, sino aquel que se le revele como secreto para sí mismo: su propia relación al no saber. Encuentro aquí dos movimientos: el sujeto produce un no saber en el Otro, su barradura, y la revelación de un vacío que lo produce como sujeto.

En el ejemplo del olvido de Signorelli, dice Lacan "... en la medida en que Freud no nombra la palabra, la que podría revelar el secreto más profundo de su ser, sólo puede quedar enganchado al otro a través de los desprendimientos de esta palabra."⁵ Y agrega que toda la obra de Freud se despliega en el sentido de la revelación, teniendo en cuenta que el inconsciente no se expresa sino a través de deformación, distorsión, transposición.

En Edipo, la revelación del secreto, lo conduce a la verdadera cripta: al secreto de su identidad.⁶ El fin del secreto da entrada a la castración. El velo se levanta y Edipo se arranca los ojos.

Dice Lacan en el **Seminario XIX**, clase 6: "...no soy aprehensible más que en mis secretos (*cachotteries*-misterios triviales)".

5 J. Lacan, *Seminario, Los escritos técnicos de Freud (1953-1954)*, Libro I, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1995, P. 82.

6 Villanueva, Graciela, "El secreto y la figura del extranjero en dos tragedias griegas".

Cachotteries se traduce como misterios, secretos, tapujos. Faire de cachotteries, andar con tapujos.

Cachottiere, misterioso, callado.

Cachot, calabozo, prisión.

"...lo que se escribe de La Cosa, hay que considerarlo como lo que se escribe proveniente de ella, no de quien escribe".⁷

Entonces, allí donde quiero apartar, callar, ocultar, segregarse, aparezco, como sujeto.

Y siguiendo la lógica de la Carta Robada, una vez que el secreto se hace explícito pierde fuerza... ¡era eso no más!

Se pierde el cachot, la prisión que crea el secreto.

Y el sujeto se revela como extranjero.

Hasta en el exilio de la palabra, quiero decir su relación con lo imposible de inscribir simbólicamente.

7 J. Lacan, *Seminario, ...Ou Pire (1971-1972)*, libro XIX, Versión inédita, Clase del 08/03/72. P. 65.

Solo se trata de palabras.

Reflexiones acerca de la implicación subjetiva

Ana Paula Cabaleiro

Y estaba bien. 'No entender' era tan vasto que sobrellevaba cualquier entender-entender, era siempre limitado. Pero no entender no tenía fronteras y llevaba al infinito, a Dios... Lo bueno era tener inteligencia y no entender... Pero de vez en cuando surgía la agitación insoportable: quería entender lo suficiente para por lo menos tener más conciencia de eso que no entendía. Comprender era siempre un error, prefería la holgura tan amplia y libre y libre de errores que era no entender. No estaba bien pero por lo menos se sabía que se estaba en plena condición humana...

Clarice Lispector, *Aprendizaje o el libro de los placeres*.

Determinadas posiciones subjetivas próximas a la inmovilidad, inhibición, la queja reiterada, me confrontaron con los atolladeros a los que en oportunidades nos topamos como analistas. Pensando en lo resistencial, en los obstáculos que insisten en la cura, ¿cuáles caen fácilmente y cuáles persisten? ¿Cuáles se sostienen en la transferencia? ¿Cómo responde el analista a lo que no anda en la dirección de una cura? Partiendo de estas cuestiones, insistía la pre-

gunta en cómo intervenir con pacientes que no se implican en su decir. ¿Qué significa implicarse? ¿Qué significa que alguien no se implique en su decir? ¿Qué pasa cuando no es posible una pregunta o un cuestionamiento acerca de su sufrimiento? ¿Y cuándo una queja o padecimiento gozoso no genera agujero o quiebre?

El término "implicarse" proviene del latín, *in* (hacia adentro) y *plicare* (doblar, hacer pliegues), o sea, envolver en pliegues, comprometer a alguien en algún asunto. En la lengua española podemos encontrar varias acepciones de la palabra implicar. Una acepción se refiere a envolver, enredar; otra hace referencia a contener o llevar en sí; y una tercera acepción significa obstar, impedir, envolver en contradicción. Por otro lado, "implicar" se contrapone a "explicar" ya que este último término refiere a un desplegar hacia el exterior algo, hacer visible y comprensible. En cambio, implicarse está haciendo referencia a algo que está adentro y que se oculta o no es comprensible aunque este ahí. La realidad del mundo no se nos manifiesta como un conjunto de cosas o hechos aislados. Al contrario, se nos aparece como un conjunto de hechos y cosas que se relacionan entre sí, que dependen unas de otras.

La implicación es parte de la vida cotidiana, al percibir cosas o hechos esperamos o creemos que van a suceder otras, o suponemos que estas cosas o hechos suceden porque antes han sucedido otras. Damos por supuesto que unas cosas implican otras y que unos hechos están implicados con otros. La implicación habla del mundo y es una afirmación con contenido de verdad.

Es decir que en su uso común, una implicación es una afirmación que conlleva a otra. Sin que la segunda necesariamente deba ser comunicada explícitamente.

La "implicación lógica" relaciona una causa A con un efecto B, y en la lógica proposicional se puede escribir formalmente como $A \Rightarrow B$. Es una estructura en donde una proposición es consecuencia lógica de otra.

"Hoy es martes"... por lo tanto "mañana es miércoles".

A implica B, esto incluye dos afirmaciones pero el valor de cada una es diferente. A como sentencia verdadera en su contenido semántico. B como sentencia verdadera en su contenido semántico. Se debe reservar la implicación solo en los casos en que la condición de A es siempre verdadera.

La implicación se diferencia del condicional, aunque en el lenguaje cotidiano no suele tener importancia

en su sentido lógico.

"Si hoy es martes, mañana es miércoles" $A \rightarrow B$

Es una sola proposición a diferencia de la implicación, que puede ser verdadera o falsa. Mientras que en la implicación existe una relación semántica en el condicional, se trata de una relación sintáctica. El condicional es una afirmación hipotética sobre una relación meramente formal, si se da una condición (antecedente) tiene que darse también lo condicionado (consecuente). El hecho de que no se dé la condición no afecta al hecho de que se dé o no se dé lo condicionado. Es una relación meramente sintáctica, no semántica, no habla del mundo ya que es una afirmación hipotética sin contenido de verdad.

Ejemplo: "Si llueve, el suelo esta mojado" **CONDICIONAL**. Afirmación formal e hipotética, que no habla del mundo.

"Llueve por lo tanto, el suelo esta mojado". **IMPLICACIÓN**. Afirmación con contenido de verdad y habla del mundo. Equivale materialmente a la afirmación doble: "llueve" y "el suelo esta mojado".

Rectificación

Lacan plantea en *La dirección de la Cura*⁸ que la misma se ordena según un proceso que va desde la rectificación de las relaciones del sujeto con lo real, hasta el desarrollo de la transferencia y luego la interpretación. Además plantea que la rectificación en Freud es dialéctica, que parte de los decires del sujeto para regresar a ellos, esto quiere decir que una interpretación no podría ser exacta sino a condición de ser una interpretación. ¿Habría alguna relación entre el concepto de rectificación de las relaciones del sujeto con lo real y la idea de la implicación que vengo trabajando?

El término "rectificación" viene del latín, *rectus* significa recto y *facere*, hacer. Hace referencia así a la idea de modificar, enmendar, contradecir, refutar o enderezar una cosa o un decir considerado como inexacto o erróneo. Lacan plantea que la rectificación se encuentra en el inicio de la cura y es "dialéctica" (remarco esta última idea). Miller en su libro *Introducción al Método Psicoanalítico*⁹ plantea que lo que Lacan llama rectificación subjetiva se refiere a pasar

8 Lacan, Jacques, "La dirección de la Cura y los principios de su poder", *Escritos II*, Editorial Siglo XXI.

9 Miller, Jacques Alain, *Introducción al Método Psicoanalítico*, Nueva biblioteca psicoanalítica, Eola - Paidós, Buenos Aires, 2006.

de quejarse de los otros a quejarse de sí mismo y que se trata de implicar al sujeto en aquello que se queja de modo que aprenda su responsabilidad esencial en lo que ocurre.

En este punto me pregunto ¿qué lugar para la responsabilidad del paciente en su análisis? ¿Pensar en responsabilidad implica orientar la cura hacia la culpa o al "hacerse cargo"? Ese hacerse cargo que se supone implícitamente ¿no apunta a una cobertura yoica?

Gabriel Lombardi plantea que la rectificación subjetiva no puede ser a la fuerza; no basta entonces que el analista sepa algo que ha de suceder en el horizonte de la dirección de la cura, es preciso el tiempo del analizante para descubrir por su propia cuenta. Antes de rectificar a mi paciente, pero sobre todo después de fracasar en mi intento, me pregunto, ¿no tendré que acomodar la oreja de otra manera?

Una paciente que estuvo años sin poder tener pareja ni tener ningún acercamiento con un hombre, comienza una relación. Después de varios meses de estar de novia empieza a quejarse por no tener relaciones sexuales, dice que él hace todo mal, haciendo referencia cómo la toca, cómo se acerca y lo que le dice. Ante mis reiterados interrogantes dice que ella no tiene

nada que ver con este tema, que el problema es él, que hace todo mal, que no sabe qué tiene que hacer y que si ella le dice lo que tiene que hacer ya no sirve.

Además cuenta que ella se masturba sin dificultades y se calienta, lo que confirma, según ella, que el problema es él. Ocupa varias sesiones relatando situaciones en las que prueba estrategias para que él se dé cuenta de lo que "tiene que hacer", por ejemplo pasar al lado provocativamente o ponerse muy cerca en la cama, para ver si se da cuenta que tienen que tener relaciones sexuales. Cuenta despectivamente que a veces él no logra tener una erección, lo que la lleva a pensar si a él le gustan los hombres.

A través de diferentes preguntas intenté implicarla en este padecimiento, hasta me encontré facilitando opciones o estrategias como si el logro apuntara a que concrete las relaciones sexuales, a lo que ella respondía una y otra vez "eso no sirve, lo otro tampoco". Cada vez se quejaba más y decía "otra semana que no pasó nada" o "tuvimos relaciones pero no sirvió". Comencé a interrogarme si había que ayudarla a salir de la queja, si había que lograr que registre o se haga cargo de por qué se quejaba o no se calentaba con él. Evidentemente intentar implicarla no era camino, pensé que como analista

tenía que sostener, dar lugar y consistir algo de esa queja. Al alojar y dar lugar a todos sus reproches y quejas comienza a aparecer un recuerdo de su padre enfermo de diabetes y de su madre quejándose de ella por las cosas que no hacía como esperaba, "ves que ´no servís´" le decía la madre y ella intentaba conformarla sin saber qué hacer, "todo mal te sale", le repetía su madre. Rechazo que le retorna en el vínculo con su novio.

Lacan en el *Seminario I* plantea que la historia es el pasado historizado en el presente, porque ha sido vivido en el pasado, reconstrucción de la historia del sujeto.

Podemos pensar que constituiría así un error clínico intentar implicar al yo con su síntoma, llevaría a pensar en responsabilizar o culparlo por su padecimiento. ¿Podría ser esta una interpretación fallida de la intervención de Freud en el caso Dora?: "¿Qué tiene usted que ver con eso?". Pienso que la riqueza de la intervención de Freud apunta a generar movimiento, pregunta en relación a la posición inconsciente en Dora, no apunta a culpabilizarla ni al hacerse cargo.

Transferencia

En el texto “Intervención sobre la Transferencia” Lacan dice que en el historial de Dora es la primera vez que Freud da el concepto de “obstáculo” contra el que va a estrellarse el análisis bajo el término de la transferencia. Pienso así en los obstáculos y la transferencia, Lacan plantea en “La Proposición del 9 de octubre” que en el comienzo está la transferencia, y que la transferencia por si sola hace objeción a la intersubjetividad, incluso la refuta, es su escollo. Tomo en este punto lo planteado por Enrique Millán, se trata de un solo sujeto en el análisis, un solo sujeto unido a un solo discurso. (SsS pivote desde donde se articula la transferencia, pero que es un sujeto supuesto). Un analista ante la espera de un paciente que se implique en su padecimiento, ¿está en tanto sujeto? ¿A qué se resiste? Me pongo a pensar si estos obstáculos, errores o resistencias permiten relanzar un análisis o solo lo obstaculizan. “Creemos sin embargo que la transferencia tiene siempre el mismo sentido de indicar los momentos de arrancia y también de orientación del analista, el mismo volverse a llamar al orden a nuestro papel: un no actuar positivo con vistas a la ortodramatización de subjetividad del paciente.”¹⁰

10 Lacan, Jacques, “Intervención en la transferencia”, *Escritos I*, Edito-

Una colega me cuenta de un analizante. Insiste en las sesiones la idea de que el joven no se decide, que según él si se definiera le sería más fácil resolver muchas cuestiones. Su definición se refiere a irse a vivir a Estados Unidos o quedarse acá en Argentina. La analista me dice que cree que el paciente es homosexual y que si definiera su situación sexual todo le sería más fácil y que se sentiría aliviado, pero que no puede decirle eso. Me pregunto, ¿Por qué no puede decirlo? ¿Por qué no es la temporalidad del caso? ¿Por qué decirlo hace referencia a lo que espera el analista de ese analizante?

Lugar del analista

Que un analista busque implicar al paciente en su padecimiento y en el tratamiento apelando exclusivamente a su yo, exacerbando la engañosa capacidad de síntesis, taponando la pregunta, el misterio y acomodando al síntoma a ese yo integrador, creo que es algo de lo que tenemos que estar advertidos. Para lograr dar cuenta de la implicación inconsciente del sujeto en su síntoma o en su decir será necesario pensar en la posición abstinerente del analista;

rial Siglo XXI, pág. 215.

esto compromete al analista en la pérdida de sus ideales yoicos.

Así, el analista es aquel que apoya la demanda, no como se dice, para frustrar al sujeto sino para que reaparezcan los significantes en que su frustración quedó retenida. Que reaparezcan no significa forzar responsabilidad yoica. Lacan insiste en que se trata de palabras: "¿A dónde va la dirección de la cura?... si bien como analistas no buscamos dirigir al sujeto a la palabra plena ni al discurso coherente, lo dejamos libre de intentarlo, eso es lo más difícil de tolerar".¹¹ Esa libertad que denota enigma, pregunta, incomodidad, ¿Cómo no comprender rápidamente? A menudo vale más no comprender para pensar, dice Lacan en "La Dirección de la Cura".

La cuestión del analista aparece en la historia del psicoanálisis desde Freud. El analista es a quien se habla y a quien se habla libremente, pero el sujeto invitado a hablar en el análisis no muestra gran libertad en lo que dice; "nada más temible que algo que podría ser verdad", dice Lacan, también en "La Dirección de la cura".

Propongo cuestionar en ese lugar de responsabilizar o culpabilizar al paciente poniendo entonces sobre el banquillo al analista, no para juzgarlo sino

11 Lacan, Jacques, "La dirección de la Cura y los principios de su poder", *Escritos II*, Editorial Siglo XXI, pág. 572.

para analizarlo como resistencia. La resistencia es del analista, significa que hay algo de ese lugar que puede resistir, obstaculizar. Podríamos pensar que el propio análisis, *carencia de ser* mediante, enseña a no ser analista en tanto "título" sino a ser analista de ese analizante en particular.

En *La resistencia como máscara del deseo*, Lombardi plantea que el desarrollo de la transferencia inviste al analista con un poder que puede ser que tenga éxito y su palabra sea obedecida; ese poder sirve a los fines del psicoanálisis solo a condición de no ser usado. "Por eso el acto del analista consiste esencialmente en soportar la transferencia, mientras dure el análisis sin sugerir".¹²

Destitución subjetiva

Podríamos pensar que la culpa, la responsabilidad y la implicación yoica son peligros inminentes si como analistas nos quedamos interviniendo desde la concepción de la rectificación subjetiva en tanto el paciente se tenga que hacer cargo de su síntoma o su padecimiento,

12 Lombardi, Gabriel, *La resistencia como máscara del deseo*, Clínica Psicoanalítica, Editorial Puntosur.

que adscriba de modo responsable a su síntoma. De este modo la rectificación subjetiva del paciente, la rectificación de las relaciones del sujeto con lo real, parecería llevar a pensar antes en la carencia de ser del analista (abstinencia). Pensar en un “cada vez”, sesión a sesión... pensar en algo que no está constituido de una vez para siempre (solo puede ser en acto, y por lo tanto renovarse cada vez). Creo que un analista advertido supone un estar atento, un preguntarse a cada sesión, un trabajo de dejar afuera al ser del analista en tanto sujeto. Advertido en tanto ha atravesado su análisis, se instauro su subjetividad como destituida. Relaciono con esto la importancia de no comprender (de ahí la regla de la abstinencia), porque cuando uno comprende, comprende un único significado, se detiene en él. Cuando uno sabe qué quiere decir cuando el paciente dice, uno lo comprendió pero no lo escucha. Cómo soportar como analistas la dimensión del equivoco, del malentendido...

“Destitución”, del latín *destituere* (relevar, cesar, apartar, suprimir), *de* (separar o privar) *statuere* (situar, disponer), acto de quitar a una persona del puesto que ocupa, generalmente a causa de un accionar negligente o corrupto, que por supuesto, impacta de manera negativa en el buen funcionamiento del espacio que ocupa.

El término “destitución subjetiva” aparece por primera vez en Lacan en la “Proposición del 9 de octubre”. Hay varios puntos que están relacionados con el contexto en el que surge este término. Primero es correlativo como descarte definitivo de la intersubjetividad (en tanto la transferencia la refuta). Segundo, la destitución subjetiva del lado del analizante al final del recorrido, punto que sobreviene a la par de “des-ser” del lado del analista (aparece como lo que le espera a un sujeto que emprende su análisis). Tercero, aparece la destitución subjetiva del lado del analizante junto con el caer de la fantasía. Y cuarto, aparece como un golpe teatral inesperado. Además de esto, Lacan no incluye definición alguna de la destitución subjetiva.

El analista, destitución subjetiva mediante, se hace causa de la división subjetiva; se trata de pensar que una verdadera invitación a un análisis exige, antes de la rectificación subjetiva del paciente, una destitución subjetiva del analista.

A menudo vale mas no comprender para pensar, y se puede galopar leguas y leguas de comprensión sin que resulte de ello el menor pensamiento.

Jacques Lacan “La Dirección de la Cura”

Bibliografía

Jacques Lacan, "La dirección de la Cura y los principios de su poder", *Escritos II*, Editorial Siglo XXI.

Jacques Lacan, Proposición del 9 de octubre.

Luciano Luteran, "La Destitución subjetiva del analista", *Revista Imago Agenda*, septiembre del 2016, número 198.

Gabriel Lombardi, "Rectificación y Destitución del sujeto. Dos formas del ser discernidas por el psicoanálisis", *Revista Salud y Psicología*.

Lombardi, Gabriel, *La resistencia como máscara del deseo*, *Clínica Psicoanalítica*, Editorial Puntosur.

La repetición en la clínica.

Una de sus formas: el problema del carácter

Carolina Durán

...Y a orillas del río San Juan, el viejo poeta me dijo que a los fanáticos de la objetividad no hay que hacerles ni puto caso:

-No te preocupés- me dijo. Así debe ser. Los que hacen de la objetividad una religión, mienten. Ellos no quieren ser objetivos, mentira: quieren ser objetos, para salvarse del dolor humano.

"Celebración de la subjetividad", E. Galeano

Este trabajo intenta una reflexión sobre cierta forma de presentación de algunos pacientes. Consultan por algún malestar, refiriendo problemas en los vínculos con el otro, sin ninguna interrogación subjetiva. Discursos caracterizados por la rigidez, poblados de frases fijadas, que se repiten y repiten; no puede incluirse la dinámica del conflicto intrapsíquico, la contradicción, el fallido. No, hay una especie de coagulación de todo lo concerniente a la subjetividad. Hay algo ahí que no puede conmoverse. Diversas "situaciones" los "molestan", pero no

implican un malestar que posibilite la aparición del efecto sujeto. Esas molestias, las expresan como consecuencias propias de su ser, ser fijado, definido de un modo estable y eterno. En ocasiones se presenta con estas palabras “yo soy...”, sin que este soy acceda a ser puesto en relación con aquello de lo cual padecen. ¿A qué responde esta fijeza?

Se trata de algo que podemos comprobar en nuestra experiencia: el paciente afirma algo del orden del **yo soy x**, refiere la cualidad o rasgo que se ubica en **x**, pone ahí un nombre y habla -más, menos- sobre qué es eso, y luego el discurso casi muere ahí, no entra en cadena asociativa con otras posibilidades. Es decir, no hay lugar para el juego de las palabras. ¿Esto mismo hace difícil su aprehensión?

Al intentar pensar sobre esto, que se presenta como un enigma, se imponen algunos conceptos, que prometen ayudar a establecer un recorrido, a formular una pregunta más clara. Es así que llegamos a una cierta puntuación en la obra freudiana sobre el concepto de carácter, los rasgos de carácter. Su presentación clínica es esa: una forma del ser, no cuestionable para el sujeto, caracterizado por la fijeza y la repetición.

1.El problema

Ubicado el problema del carácter por Freud como una de las dimensiones propias de la intervención analítica, resulta llamativo que es una temática que no ha sido muy trabajada conceptualmente. ¿Por qué? Ante el ruido del síntoma, el silencio del carácter. Este casi silencio al respecto, ¿se deberá a dificultades que son inherentes al concepto mismo?

Freud menciona en varias oportunidades que el trabajo del analista es vérselas con las anormalidades del carácter, tema principalmente abordado en el contexto de otras preocupaciones freudianas. No obstante, en algunos textos lo abordó directamente.

2.Carácter

“El carácter es para el hombre su demonio”

Heráclito, B 119 DK

Nuestro término carácter deriva del término griego *χαρακτήρ*: huella grabada, impronta, marca o signo distintivo, carácter; trasun-

to, imagen o representación fiel.¹³ Encontramos el verbo *χαράσσω* (át. *χαράττω*): aguzar, afilar, grabar, excitar, irritar. Otros autores traducen, "lo que imprime". Nos remite a grabado, a algo impreso, trazo propio que permite diferenciarlo de otros.

a. Algo puede decirse...

En las reflexiones de Freud, quedan manifiestos tres ejes imbricados desde los cuales aborda el tema. Son los referentes a los avatares pulsionales, la identificación y la compulsión de repetición.

Tempranamente en la obra freudiana, el tema del carácter, los rasgos del carácter surgen desde la *vertiente pulsional pregenital*. En 1908, Freud reflexiona sobre la coincidencia de ciertas cualidades del carácter: orden, economía, tenacidad, y afirma: "deducimos una franca acentuación erógena de la zona anal en la constitución sexual"¹⁴. La pulcritud, el orden y la escrupulosidad serían productos de la reacción contra el interés hacia lo sucio, perturbador y no perteneciente al propio cuerpo. Los rasgos de carácter se encuentran en aquellos sujetos en los

13 Pabón, S. de Urbina, J. M., *Diccionario manual griego-español* VOX, Barcelona, 1987..

14 Freud, S. *Carácter y erotismo anal*, traducción L. López Ballesteros, Ed. Losada, 1908, p. 1354.

cuales se ha perdido la significación erótica de la zona anal. Es decir, puede leerse una *transposición erotismo anal-carácter*.

También otros complejos del carácter dejarían transparentar su derivación de las excitaciones de determinadas zonas erógenas. Freud ejemplifica con la *ardiente ambición* de los individuos que en su infancia padecieron de enuresis.

Concluye: "podemos establecer para la constitución definitiva del carácter, producto de los instintos parciales, la siguiente fórmula: los rasgos permanentes del carácter son continuaciones invariadas de los instintos primitivos, sublimaciones de los mismos o reacciones contra ellos"¹⁵.

b. ¿Qué trabajo sobre la pulsión?

La pulsión, perversa y asocial, es la fuente de la formación del carácter cuando no sucumbe a la represión, sino que recibe otro tratamiento.

En "La disposición a la neurosis obsesiva", Freud plantea una diferencia entre neurosis y carácter, que es del orden del mecanismo en juego: "En el carácter falta algo peculiar al mecanismo de las neurosis: el fracaso de la repre-

15 Freud, S., *op. cit.*, p. 1357.

sión y el retorno de lo reprimido. En la formación del carácter la represión o no interviene para nada o alcanza por completo su fin de sustituir lo reprimido por productos o sublimaciones. De este modo, los procesos de la formación del carácter son mucho menos transparentes y accesibles al análisis que los neuróticos”¹⁶. Describe que en lo concerniente al carácter hay una regresión plena tras una represión (o sofocación) tersamente consumada; en el caso de la neurosis hay conflicto, empeño por no permitir la regresión, formaciones reactivas contra ésta y formaciones de síntoma por vía de compromisos entre ambas partes, escisión de las actividades psíquicas en susceptibles de conciencia e inconscientes.

En 1930, Freud utiliza la expresión pulsión consumida *-aufgezehrt*¹⁷ al explicar la aparición de un rasgo de carácter en un sujeto. Toma nuevamente el ejemplo del erotismo anal, la formación de los rasgos de orden, economía y tenacidad, sosteniendo que en el punto en que se encuentran exacerbados, ejerciendo un predominio, puede calificárselos de

16 Freud, S., *La disposición a la neurosis obsesiva*, traducción L. López Ballesteros, Ed. Losada, 1913, p. 1742.

17 Freud, S., *El malestar en la cultura*, traducción L. López Ballesteros, Ed. Losada, 1930, p. 3037. “Algunos de estos instintos son consumidos (*aufgezehrt*) de tal suerte que en su lugar aparece algo que en el individuo aislado calificamos de rasgo del carácter”.

“carácter anal”.

De modo que se trata de una oposición entre neurosis y carácter. Así lo menciona Freud, en lecturas clínicas, afirmando la dimensión conflictiva de la neurosis y el síntoma, y la fija estabilidad del carácter.

3. Formación

Revisamos lo concerniente al vínculo erotismo-carácter. Ahora, intentaremos ubicar otro aspecto. Freud adjudica el tema del carácter al yo.

En *El yo y el Ello* plantea que un objeto perdido puede volver a erigirse en el yo, es decir, puede existir un relevamiento de investidura por identificación. Dice: “tal sustitución participa en considerable medida en la conformación del yo, y contribuye esencialmente a producir lo que se denomina su carácter”¹⁸. Considera que este proceso es muy frecuente, sobre todo en fases tempranas del desarrollo, y deduce que “el carácter del yo es una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, contiene la historia de estas elecciones de objeto”

18 Freud, S., *El Yo y el Ello*, Ed. Amorrortu, 1923, p. 30 y ss.

¹⁹. Se trata de una transposición de libido de objeto en libido narcisista que conlleva una resignación de las metas sexuales, una desexualización y, por tanto, una suerte de sublimación.

En la Conferencia 31 “La disección de la personalidad”, Freud afirma que luego de la instauración del superyó, se forman también identificaciones que procuran importantes aportaciones a la formación del carácter, pero entonces “sólo afectando al yo”²⁰, no influyendo ya sobre el superyó, determinado por las imagos parentales más tempranas.

Es decir, hay identificaciones que resultan constitutivas del carácter. Lo que genera una nueva interrogación: ¿Cómo sucede esto? ¿Cuál es el mecanismo íntimo por el cual esto ocurre? ¿Qué características diferenciales tienen estas identificaciones?

Esta “afectación del yo” ¿le aporta al yo algo de lo que éste necesita, una anhelada búsqueda univocidad? Es quizá en este sentido que puede entenderse la fijeza mencionada al inicio del trabajo. El yo obtiene un importante suministro de unidad con esa identificación constituyente del carácter.

Freud afirma: “Los efectos de las primeras identificaciones, las producidas a la edad más temprana,

¹⁹ Freud, S., *ibídem.*, p. 31.

²⁰ Freud, S., *Conferencia 31*: “La disección de la personalidad psíquica”, traducción Luis López Ballesteros, p. 3137.

serán universales y duraderos. Esto nos reconduce a la génesis del Ideal del yo, pues tras éste se esconde la identificación primera, y de mayor valencia, del individuo: la identificación con el padre de la prehistoria personal. A primera vista, no parece el resultado ni el desenlace de una investidura de objeto: es una identificación directa e inmediata (no mediata), y más temprana que cualquier investidura de objeto. Empero, las elecciones de objeto que corresponden a los primeros períodos sexuales y atañen a padre y madre parecen tener su desenlace, si el ciclo es normal, en una identificación de esta clase, reforzando de este modo la identificación primaria”²¹.

Entonces, se trata de una identificación producida antes de toda investidura de objeto y, en particular, antes de la formación del ideal del yo que deriva de la destrucción del complejo de Edipo. De modo tal que esta identificación primaria hace a otro lugar. Hablamos de aquel momento en el que el vínculo entre el niño y la madre es un vínculo de ser: el ser le está otorgado a aquél desde el deseo con que aquella lo inviste. ¿Cómo? Vía identificación primaria. Son primarias porque no son restos de antiguas

²¹ Freud, S., *El Yo y el Ello*, op. cit., p. 33.

cargas de objeto sino de una relación con un objeto erótico ausente, al que, como no puede ser poseído, se lo intenta aprehender por "incorporación". Una parte del yo se modifica al adoptar miméticamente los atributos idealizados del objeto.

Estas identificaciones primarias, detrás de las cuales se emplazan las inscripciones de la falta (de satisfacción, de completud), se ubican en el yo ideal (narcisista), el que, no pudiendo tolerar la carencia de ser, pretende alcanzar una completud ilusoria situada más allá del principio de realidad y del placer. He ahí el origen alienado del yo.

4. Inercia caracterial. Carácter y resistencia

La idea del eterno retorno es misteriosa, y con ella Nietzsche dejó perplejos a los demás filósofos: ¿pensar que alguna vez haya de repetirse todo tal cual lo hemos vivido ya, y que incluso una repetición haya de repetirse hasta el infinito! ¿Qué quiere decir este mito demencial? ... la idea del eterno retorno significa cierta perspectiva desde la cual las cosas aparecen de un modo distinto a como las conocemos: aparecen sin la circunstancia atenuante de su fugacidad. Esta circunstancia atenuante es la que nos impide pronunciar condena alguna. ¿Cómo es posible condenar algo fugaz?
M. Kundera

Hemos revisado ya que el carácter deviene de la renuncia pulsional impuesta por la cultura. Es en la

perspectiva de la segunda tópica freudiana que se formulará finalmente el fundamento repetitivo de la inercia caracterial.

En 1937, en "Análisis terminable e interminable", Freud afirma que los mecanismos de defensa "no se extinguen después de haber ayudado al yo durante los años difíciles de su desarrollo... éstos quedan fijados en su yo. Se convierten en modos regulares de reacción de su carácter, que repiten a lo largo de su vida cuando se presenta una situación similar a la primitiva" ²².

Esto se plasma en la clínica como expresión de la resistencia al avance del tratamiento. En varios textos Freud afirma que las deformaciones graves del carácter se hacen sentir durante el tratamiento como fuentes de resistencias apenas superables.

Freud se encuentra con el silencio, con aquello que no comparece a la palabra, a través de la repetición. Hay cosas que no se recuerdan, sobre las cuales no hay asociación, son elementos inconscientes que no derivan en recuerdos; sin embargo, aparecen de otro modo, vía la ac-

²² Freud, S., *Análisis terminable e interminable*, traducción L. López Ballesteros, Ed. Losada, 1937, p. 3354.

ción. En 1914, en "Recordar, repetir, reelaborar"²³, sostiene que la repetición puede ser suscitada en la transferencia, y desde allí conducir al recuerdo y su elaboración -consideración que más adelante será otra-. En "Más allá del principio del placer" las cosas cambian. En 1920 la observación clínica lleva a Freud a restringir no sólo la autonomía (unidad) del yo sino la del mismo sujeto. El deseo de éste ya no será hegemónico porque coexistirá con él una fuerza extraña: la obsesión de repetición o, más literaria y exactamente, la obsesión demoníaca de repetir, comandada por la pulsión de muerte.

En "Más allá del principio del placer", Freud ubica de un modo preciso el tema del carácter. Dice:

"...este eterno retorno de lo igual nos asombra poco cuando se trata de una conducta activa de tales personas y podemos descubrir el rasgo de carácter que permanece igual en ellas, exteriorizándose forzosamente en la repetición de idénticas vivencias. Nos sorprenden mucho más los casos en que la persona parece vivenciar pasivamente algo sustraído a su poder, a despecho de lo cual vivencia una y otra vez la repetición del mismo destino"²⁴.

23 Freud, S. *Recordar, repetición y elaboración*, 1914, p. 1683 y ss., traducción L. López Ballesteros, Ed. Losada, 1914, p. 1683 y ss.

24 Freud, S. *Más allá del principio del placer*, traducción L. López Balles-

Esta compulsión de repetición, con la vivencia de lo siniestro que la caracteriza, acontece cuando entra en cuestión aquello que hace, que constituye, al yo ideal. Recapitulando entonces, el yo ideal, armadura de narcisismo ajeno, frente al temor de la pérdida del ser, re-creará los anhelos narcisistas parentales, contradichos ante su cuestionamiento (del yo ideal). Lo que hace a la constitución del carácter, que venimos intentando articular, tendrá que ver con las primeras identificaciones que van al ser del yo ideal, y que reciben, luego, nuevas aportaciones en los momentos del conflicto edípico.

5. Implicaciones

Los representantes verbales nos ayudan a dar cuenta de lo reprimido de la estructuración edípica. Pero, en cambio, dejan mudo a lo que era mudo, a lo renegado, constitutivo del yo, lo mudo que no cesa de retornar. Lo siniestro es el eterno retorno de lo mismo. No responde al principio del placer, es un modo de expresión de ese narcisismo primitivo. Lo que puede coligirse en la obra de Freud, es que a este lugar

teros, Ed. Losada, 1920, p. 2516.

es también atribuido lo concerniente al carácter del sujeto. ¿Podrá articularse así? Es algo a seguir explorando.

La vivencia de muerte que se desencadena cuando es cuestionada esta estructura narcisista es una consecuencia que adviene ante aquello que acomete contra la fijeza del ser.

Ante una consulta de un paciente en la que se presenta un malestar, del lado del analista hay una escucha particular, que invita a dar lugar a las formaciones del inconsciente. De lo que se trata en la clínica que aquí presentamos, es de la no posibilidad de desplegar esta dimensión. De su carácter el sujeto no se queja, este es un blasón que asume de modo resignado o reivindicativo.

Freud, al situar al carácter del lado de la pulsión, al homologar al carácter con una forma de realización de la pulsión (pulsión consumida), ¿enseña que el carácter es aquello que no es susceptible de ser abordado por lo que Lacan designa "división subjetiva"?

Estilo (im)propio

Analía Estévez

Me sirvo de ciertas ventajas que supone la escritura para iniciar este trabajo con una proposición: hay lo propio del analista, en un analista... Pero Ay! Lo propio de un analista, en un analista, en los análisis que dirige. La proposición podría volverse exclamación dolorosa, escandalosa según como se escuche, y como se diga. Lo propio de un analista, podría tornarse impropio de cierta experiencia de discurso que es la clínica psicoanalítica.

Entonces, se plantea la pregunta acerca de qué lugar asignar a la subjetividad del analista.

Sabemos, él no está allí a título de sujeto y quizás no sea sólo en función de una supuesta asepsia que resultaría amenazada, sino más bien porque es necesario que ese título se lo asignemos al analizante para que algo sea posible.

Y sin embargo, el analista -su persona- también hace su aparición: las más de las veces allí don-

de no se lo espera.

Me interesa transitar algunos pasajes freudianos provistos de cierta fecundidad a la hora de precisar aquello que he denominado "lo propio del analista".

En "Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica" de 1910 Freud augura:

"...cada psicoanalista sólo llega hasta donde se lo permiten sus propios complejos y resistencias interiores, y por eso exigimos que inicie su actividad con un autoanálisis y lo profundice de manera ininterrumpida a medida que hace sus experiencias en los enfermos. Quien no consiga nada con ese autoanálisis puede considerar que carece de la aptitud para analizar enfermos"²⁵.

Aquí, lo propio de un analista, bajo el modo de sus "complejos y resistencias" se situaría como el punto de tope respecto de los análisis que dirige. Los denominados "puntos ciegos" del análisis del analista; nominación que adolece en principio de cierta preeminencia de lo visible o invisible respecto de aquello que más bien se ubicaría como lo que no puede ser escuchado.

Una carta del 20 de febrero de 1913 a Binswanger expresa: "Lo que se da al paciente no debe ser jamás afecto inmediato, sino siempre afecto cons-

25 Freud, S., "Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica", *Obras Completas*, Amorrortu Ed., Tomo XI, pág. 136.

cientemente otorgado, en mayor o menor grado, según las necesidades del momento. En ciertas circunstancias se puede conceder mucho pero nunca tomándolo de su propio inconsciente... Dar a alguien muy poco, porque se lo ama mucho, es una injusticia cometida contra el paciente y una falta técnica. Todo esto no es fácil y quizás también sea necesario ser mayor para esto"²⁶.

Confiesa Freud, en clara referencia a las complicadas relaciones de Breuer y Bertha Pappenheim.

El autoanálisis en términos freudianos, más allá de las complicaciones que supone, no inscribe al analista como exento de los efectos del inconsciente, simplemente lo pone sobre aviso de ellos. El analista atravesado indefectible y necesariamente por su lugar de sujeto, más la advertencia de no intervenir desde allí.

La perspectiva lacaniana abre algunas nuevas trazas en esta línea. En El **Seminario VIII** "La transferencia", Lacan señala que la opinión común tiende a suponer que "todo lo que en el analista representa su inconsciente en cuanto diremos nosotros que no analizado, ha sido con-

26 Freud S. y Binswanger, L., *Correspondance 1908-1938*, París, Calmann Levy.

siderado nocivo para su función, y su operar como analista”²⁷. A partir de esto se plantea la idea de un análisis didáctico conducido hasta el final, casi como fórmula para evitar errores, intervenciones fallidas y todo efecto disgustante en la práctica del análisis. Pero, en tanto no es posible la elucidación exhaustiva del inconsciente, es necesario pensar allí en un inconsciente más la experiencia de este inconsciente en el analista.

La misteriosa comunicación de inconsciente a inconsciente que postula Freud resulta no ser tan enigmática para Lacan: “...toda experiencia del inconsciente se lleva a cabo en primer lugar como inconsciente del Otro”²⁸. Así, aquello que sucede “entre inconscientes”, es lo que llega a lo más lejos en un análisis, lo que produce este salto del león del cual nos habla Freud. El punto de lo propio pareciera desdibujarse como tal: ¿qué de lo experimentado por el analista al soportar la transferencia le pertenece? ¿Qué de lo que le incumbe se expone allí e inversamente qué de lo que se expone le incumbe? Lacan plantea la contraindicación de que sea el analista el que, por un instante, coloque su objeto parcial -su agalma- en el paciente con quien trata. Contraindicación que señala la necesaria exclusión en el

27 Lacan, J., “La transferencia”, *El Seminario VIII*, Ed. Paidós, pág. 210.

28 Lacan, J., “La Transferencia”, op. cit., pág. 212.

encuentro analítico de este punto atinente a lo propio del analista.

Entonces, un sujeto decide dejarse tomar en una transferencia, aunque no intervenga desde allí, y aunque su goce quede excluido de ese encuentro.

Pero aún así la pregunta acerca de la singularidad del analista, insiste.

Es desde allí que me interesa interrogar una categoría a la que se alude en ocasiones, más promocionada que explicitada: se trata del “estilo del analista”. Se afirma que hay un estilo en él, que cada cual tiene el suyo y que es irreducible, inevitable. Pero ¿qué logra decir el estilo del analista? La pregunta revela sus dos sentidos: ¿qué decimos cuando utilizamos esa noción y qué dice el estilo acerca de un analista.

El estilo parece sugerir la idea de determinado rasgo, no carente de cierta constancia o recurrencia, atinente a la individualidad de quien se trate: autor, artista, pintor, músico. Pero la permanencia que supone, su insistencia, su “en todo caso”, instala una fijeza impropia para una clínica que se quiere bajo la lógica del caso por caso.

Se plantea entonces allí una tensión entre lo propio del analista -en este punto bajo el modo

del estilo- y lo propio de su función, en tanto sumisión absoluta respecto de la posición subjetiva del uno por uno, que cada vez, viene a nuestra cita. Resistiendo a la aburrida tentación de resolver esa tensión, elijo algunas tentativas en torno a su formulación.

Lo propio del estilo

Provisionalmente supongamos como existente al estilo en el analista. Casi como hipótesis es posible conjeturar que su función en el dispositivo estará en estrecha relación con el modo en que se trace la idea misma de estilo. Así, el modo de pensar el concepto, sus límites y alcances, determinarían su lugar en la situación analítica.

Decidí tomar como referencia las distintas concepciones de estilo que trabaja la crítica literaria. Anuncio distintas nociones -hay más de una-, y entonces quizás sea posible elegir entre ellas a la hora de precisar de qué se trataría el estilo del analista, -o en principio trazar algunas vías para concebir el estilo en psicoanálisis-.

El *Diccionario de las ciencias del Lenguaje*, a cargo de Todorov y Ducrot decide apartar ciertos usos corrientes de la noción de estilo para convertirla en un término operatorio, definiéndola como la "elección

que debe hacer todo texto entre cierto número de disponibilidades contenidas en la lengua" ²⁹. El estilo así entendido, equivale a los registros de la lengua, a sus subcódigos. Se trata de una propiedad estructural, y no funcional de la lengua. Para discernir de manera rigurosa los rasgos estilísticos de un texto puede intentarse un doble acercamiento: por un lado hacia el plano del enunciado, sus aspectos verbal, sintáctico y semántico, y por otro hacia el de la enunciación, es decir el plano de la relación definida entre los protagonistas del discurso.

El *Diccionario de términos literarios* de Demetrio Estébanez Calderón³⁰ recorre este concepto desde su surgimiento. El estilo designa la manera peculiar de expresarse un hablante o un escritor, así como la serie de rasgos lingüísticos distintivos de una obra o de un conjunto de obras pertenecientes a un determinado género. En la Retórica clásica y medieval el estilo queda estrechamente vinculado a la idea de género, en el sentido de su adecuación, diferenciando estilo sublime, medio o sencillo. Recién a partir

29 Todorov-Ducrot, *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, Ed. Siglo XXI, pág. 344.

30 Estebanéz Calderón, D., *Diccionario de términos literarios*, Alianza Editorial.

del siglo XVIII, y posteriormente con el surgimiento de la estilística, la noción de estilo queda claramente centrada en las operaciones de selección y desvío configuradoras de lo propio de una obra o de un autor. La selección estaría definida como las elecciones realizadas reiteradamente por un autor u obra entre las opciones posibles de la lengua hablada y el discurso literario. La segunda de las operaciones se refiere a la desviación que hace un autor u obra respecto de una norma general o contextual del uso de la lengua o el lenguaje literario. La estilística infiere de estos rasgos la raíz "psicológica" de esas peculiaridades, lo propio del autor en la arquitectura del texto.

En principio me interesa transitar las implicancias de algunas de estas acepciones, de referirse al estilo del analista.

En la consideración del estilo vinculada al género -a su adecuación con él-, es necesario precisar que el género es definido como la forma artística ideal que sirve de modelo en la elaboración de un texto.

Pero si el estilo en un analista es definido como aquello adecuado a una forma ideal que sirve de modelo -bajo el modo que sea-, resulta ser un obstáculo para el dispositivo analítico más allá de las disquisiciones respecto de si esa forma ideal pertenece a la comunidad analítica, al analista o al analizante.

Más conveniente pareciera ser la noción de estilo como desviación en relación a la norma. Suspendiendo las complicaciones que supone la fijación de una norma, podría ser un punto de entrada respecto del estilo de un analista, si por desviación se considera aquello que hace diferencia. En ocasiones lo "desviante" en el estilo del analista respecto del Otro del sujeto en cuestión, -el analizante- es condición necesaria para ese encuentro, y es posible pensar que no hay análisis que no transite por esta dimensión en la que el analista hace diferencia respecto de lo que es norma en ese sujeto.

De manera provisoria, arriesgo una primera exclusión: si ha de haber un estilo en el analista, será preciso que ese estilo no haga género. Consecuentemente algo se incluye: el estilo podría ser uno de los modos de la puesta en juego de la diferencia, necesaria en todo análisis. En este punto casi podría ser planteado que un analizante se analiza con el estilo de un analista.

Aún así, algo resta: en las diversas acepciones mencionadas, en algunas más que en otras, persiste la idea del estilo en tanto huella del lugar del autor, aquello que le es propio, su modo peculiar de habitar la lengua. Bajo la forma de

la elección, de propósito intencional, de su raíz psicológica o su espíritu, la persona del autor insiste. La pregunta por lo propio del analista, que en este caso es su estilo, queda aún sin resolver. La mención de la “peculiaridad” en las distintas consideraciones del estilo pareciera ser irreductible, intrínseca a la noción misma.

En este punto, quizás nos encontramos con la pregunta del inicio en el segundo de sus sentidos: ¿qué dice el estilo acerca de un analista?

El asunto será, entonces, cercar qué peculiaridad del analista está en juego en su estilo.

Me sirvo en este caso de cierto reencuentro con una cita de “La dirección de la cura y los principios de su poder”. Lacan hace referencia, -casualmente en el apartado “¿Quién analiza hoy?”- a la explicitación de la regla fundamental en el dispositivo analítico. En su enunciación, “hasta las inflexiones de su enunciado servirán de vehículo a la doctrina que sobre ellas se ha hecho el analista en el punto de consecuencia a que han llegado para él”³¹

Al menos es posible pensar que allí se pone en juego algo relativo a esa “peculiaridad” necesaria en todo analista. No hay doctrina, entonces, sin ese punto de consecuencia a que ha llegado para él la expe-

31 Lacan J., “La dirección de la cura y los principios de su poder”, en *Escritos II*, Ed. Siglo XXI, pág. 566.

riencia del inconsciente. Las inflexiones de su enunciado como lugar de la marca de su experiencia del inconsciente: indudablemente no es sin consecuencias.

Prefiero el estilo de un analista en las trazas de esa marca para siempre irreductible.

El estilo dice acerca del modo en que un analista habita la ausencia que supone su lugar.

Deseo del analista: No-todo un estilo

Ahora bien: no todo lo que hace o dice el analista podría encuadrarse en su estilo. Dejarse tomar en transferencia acarrea consecuencias insospechadas las más de las veces.

En ocasiones, según el caso, la sorpresa encuentra al analista en un estilo extranjero. Cabría preguntarse entonces ¿de quién es ese estilo? ¿a quién atribuirlo?

En quiebre con el estilo propio, en consonancia con lo propio del estilo de esa transferencia: la clínica definida como experiencia de discurso. Quizás, sea en el horizonte que demarca la singularidad del estilo de “esa” transferencia que debemos situar la función “deseo de analista”. La tensión entre estilo del analista y lógica del caso por caso, encuentra finalmente un plan-

teamiento posible: el estilo del analista, como aquello irreductible que propicia o malogra el encuentro con un caso; y su discordancia, cada vez que surge como operador la función “deseo de analista”, en cada caso.

Acerca de la fantasía

Andrea Goldenberg

En la carta 61, Freud se refiere a las fantasías de la siguiente manera: “las fantasías provienen de lo oído, entendido con posterioridad y desde luego son genuinas en todo su material. Son edificios protectores, sublimaciones de los hechos, embellecimientos de ellos y al mismo tiempo sirven de auto descargo.”³²

Me interesa detenerme en estos conceptos en donde las fantasías tendrían función de protección, de embellecimiento de los hechos y de auto descargo.

Me interesa detenerme en estos conceptos en donde las fantasías tendrían función de protección, de embellecimiento de los hechos y de auto descargo.

En “Los dos principios del funcionamiento mental”, Freud hace mención a la fantasía del siguiente modo: “Con la instauración del principio de realidad quedó dissociada una cierta activi-

32 Freud Sigmund, “Los orígenes del psicoanálisis”, en *Obras completas*, tomo III, Biblioteca Nueva, Madrid, P. 3565.

dad mental, que permanecía libre de cierta confrontación con la realidad y sometida exclusivamente al principio del placer.”³³ Una llamada al pie de página dice: “como una nación cuya riqueza se basa en la explotación del suelo, pero que reserva un terreno sin cultivar en estado natural.”³⁴ Más adelante, compara a la fantasía con una reserva natural que pondría límite al avance tecnológico que amenaza con destruir un bello paisaje.

También en la lección 23 de “Lecciones introductorias al psicoanálisis”, compara a la fantasía con uno de esos parques naturales sustraídos del principio de la realidad.

Nos encontramos nuevamente a la fantasía oficiando de protección, en este caso impidiendo la destrucción de un bello paisaje. Me pregunto ¿podría pensarse este bello paisaje como un refugio que permitiría sobrellevar situaciones complicadas de la vida? Me refiero a la fantasía en su vertiente alivianante en tanto amortiguadora de la realidad.

Recuerdo entonces el material de una paciente.

Laura tiene 45 años está casada y tiene dos hijas. Hace más de un año que su marido está internado.

33 Freud Sigmund, “Los dos principios del funcionamiento mental”, en *Obras completas*, tomo II, Biblioteca Nueva, Madrid, 1910-1911, p.1638.

34 *Ibidem*.

Según los médicos, se trataba de una operación sencilla, que llevaría unos pocos días de internación. Muy conmovida, Laura relata: “Fue todo tan inesperado, su salud comenzó a complicarse, todo empezó con una infección. Estuvo en terapia intensiva en varias oportunidades, al borde de la muerte.”

En el momento en que ella consulta están por darle el alta al marido. Ella dice que está muy angustiada pensando en todo lo que pasó durante la internación. Entre otras cosas tuvo que hacerse cargo del taller del marido para poder sostenerse económicamente. Situación que logró sortear con éxito.

En la segunda entrevista dice que quiere comentarme algo que en nuestro primer encuentro no dijo: durante la internación del marido empieza a pensar que un médico le resultaba muy atractivo. Dice que al principio trataba de no darle lugar a estos pensamientos porque se sentía culpable. “Cómo podía imaginarme una película con él estando mi marido al borde de la muerte.” Todavía se reprochaba haber tenido esos pensamientos en esas circunstancias. Tal como describe Freud en “Duelo y melancolía”: “vemos como una parte del yo se opone a la otra, la juzga en forma crítica y la toma como

objeto.”³⁵

Al interrogarla sobre cómo era la película, ella se refería a escenas muy románticas, muy lindas. Cuando avanza sobre este tema empieza a aparecer lo aliviante que resultaban estos momentos. Piensa que, estos pensamientos románticos llenos de vida le permitían soportar lo doloroso de la situación. Edificio protector, embellecimiento de los hechos, reserva natural en la que se trata de preservar de la destrucción a un bello paisaje. Ella dice que esa ilusión la hacía sentir viva en medio de tanto dolor... ¿Algo así como lo que hacen los poetas?

En “El poeta y los sueños diurnos” partiendo de la curiosidad que la producción del poeta nos despierta, Freud equipara el juego del niño con la actividad creadora del poeta.

Dice entonces que el poeta hace lo mismo que el niño que juega, crea un mundo fantástico y lo toma muy en serio. El adulto deja de jugar pero el juego fue una importante fuente de placer y no puede renunciarse al sabor placentero sin sustituirlo por otra cosa. Es así que el hombre que deja de jugar, en lugar de jugar fantasea. Es decir que tenemos a la fantasía del adulto como heredera del juego infantil.

Dice Freud: “el pretérito, el presente y el futuro apa-

³⁵ Freud Sigmund, “Duelo y melancolía”, en *Obras completas*, tomo II, Biblioteca Nueva Madrid, 1915, p. 2094.

recen engarzados en el hilo del deseo que pasa a través de ellos.”³⁶

Un suceso actual despierta el recuerdo de un suceso anterior casi siempre de la infancia y de éste parte el deseo que crea satisfacción en la obra poética.

Esta acentuación de los recuerdos infantiles del poeta deriva de la hipótesis de que tanto la poesía como el sueño diurno serían continuación y sustituto de los juegos infantiles.

La obra de arte y la fantasía son herederas del juego infantil.

Dado que Freud señala que el mecanismo de la poesía es el mismo que el de las fantasías histéricas recurramos nuevamente al poeta.

En un libro llamado *De las cosas maravillosas*, Adolfo Bioy Casares relata lo siguiente:

“Un escritor, al que en cierta época traté asiduamente, era muy compañero de su madre. Cuando ésta murió quedó tristísimo y, años después, solía comentar cuánto extrañaba las conversaciones con ella. Sin embargo en el momento en que la madre murió, ese hombre tuvo una visión cómica. Me refirió, en efecto, que a

³⁶ Freud Sigmund, “El poeta y los sueños diurnos”, en *Obras Completas*, tomo III, Biblioteca Nueva, Madrid, 1907-1908, p. 1345.

un lado y otro de la cama aparecieron con trajes de etiqueta, su padre y el médico de la familia, que era un viejo amigo. Verlos ahí le conmovía, pero también le hacía pensar en cómo se habrían ingeniado para echar mano de tan solemnes sacos negros y pantalones a rayas, y en la rapidez que tuvieron para vestirse. En ese instante, en que se habría para él un abismo de tristeza, no pudo menos que sonreír, porque esas dos personas tan queridas le recordaban a un tal Fregoli, un artista de variedades de los años veinte, famoso únicamente por su velocidad para cambiar de ropa. El escritor estaba preocupado por haber tenido esos pensamientos en aquella hora y me preguntó si el hecho no sugería que algo muy perverso había en él. Le contesté lo que pensaba: si uno se acostumbra a ver el lado cómico de las cosas, lo descubre en cualquier ocasión, aún en las más trágicas."³⁷

Al referirse al humor en su artículo de 1927, Freud dice que este significa el triunfo del Yo y del principio de placer sobre las circunstancias de la realidad, artículo en el que hace referencia a un aspecto benigno del Súper yo a quien hace responsable de la actitud humorística. Dice "el Súper yo, al provocar la actitud humorística liberadora rechaza la realidad

37 Bioy Casares Adolfo, "El humor en la literatura y en la vida", *De las cosas maravillosas*, Temas Editorial, Buenos Aires, 1999, p. 80.

y se pone al servicio de una ilusión."

En ambos casos, tanto en el de la paciente como en el del escritor, la escena romántica imaginada por Laura como los pensamientos cómicos del escritor, aparecen como refugios aliviantes que permiten soportar momentos de profundo dolor.

Freud dice que no todos cuentan con el don de la actitud humorística al que califica de talento raro y precioso.

Ahora bien, la poesía y el sueño diurno son sustituto y continuación de los juegos infantiles. Sabemos que no es sin consecuencias en la constitución de la subjetividad de un niño que su juego quede interrumpido y lo que implica que un niño cuente o no con la posibilidad de juego. Entonces, ¿es lo mismo que un sujeto disponga de la posibilidad de fantasear a que no cuente con ella? ¿cuáles son las consecuencias clínicas de su presencia o de su ausencia? Me interesa pensar en aquellas situaciones clínicas donde las fantasías son inhibidas.

En "Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad", Freud afirma que las fantasías inconscientes integran una importante relación con la vida sexual del neurótico. Señala en dicho texto: "en todas las psiconeurosis y muy

especialmente en la histeria emergen fantasías que muestran importantes relaciones con la causación de los síntomas neuróticos.”

Freud, en el mismo texto, dice que estas fantasías son satisfacciones de deseos nacidos de una privación o un anhelo y tienen su fuente en los llamados sueños diurnos de la juventud.

Afirma entonces que todos los ataques histéricos que investigó demostraron ser ensoñaciones de este orden que emergieron involuntariamente. Refiere que las fantasías inconscientes pueden haber tenido su origen en lo inconsciente o bien fueron en algún momento conscientes, sueños diurnos, que pasaron a ser inconscientes por la represión. En cuanto al contenido de la fantasía, este puede no haber variado o sufrido alteración señalando la importante relación de la fantasía con la vida sexual del individuo, por ser la misma que se empleó como base de la satisfacción sexual en un período de masturbación. El acto masturbatorio se dividía en dos partes: la evocación de la fantasía y, llegada esta a su punto culminante, los manejos activos conducentes a la satisfacción sexual, siendo esta composición una soldadura.

En un principio la acción presentaba un carácter auto erótico apareciendo destinada a conseguir placer de una determinada zona erógena. Más tarde,

esta acción se fusionó con una representación optativa perteneciente al círculo de la elección de objeto y sirvió para dar en parte realidad a la situación en que tal fantasía culminaba. Cuando luego se produce la renuncia a este orden de satisfacción masturbatoria fantástica, queda abandonada la acción mientras que, la fantasía, pasa de ser consciente a ser inconsciente.

En su trabajo “Fantasía, fantasma y deseo del analista”, E. Millán dice: “más allá de las identificaciones en general y los ideales de su sexo, es el fantasma el que permite responder a las vicisitudes de la sexualidad, cuando se trata de la neurosis”³⁸ e, interrogándose acerca de cuál es el lugar de las fantasías sexuales en el funcionamiento del fantasma y cuál su participación en el establecimiento de las condiciones que permiten la respuesta sexual, establece una diferenciación: mientras que la lógica del fantasma requiere de una escritura, la en que su forma mínima supone una implicación referida al ser, -donde se puede construir un axioma, y se implica una relación lógica entre el sujeto barrado y el objeto a-, la fantasía sexual presta

38 Millán, Enrique, “Fantasía fantasma y deseo del analista”, en *La huella del caracol*, El Megáfono Ediciones, Buenos Aires, 2009.

una escena imaginaria que permite la circulación de ese objeto y da lugar a las relaciones de exclusión, unión con el sujeto, que le permiten responder a las exigencias de la sexualidad.

Una breve referencia a un material clínico me permitirá retomar la interrogación acerca de la inhibición respecto a la fantasía.

Una paciente en análisis habla de su anorgasmia. Al interrogarla acerca de sus fantasías cuenta que las reprime: "No dejo fluir mis pensamientos." Habla de cierto control que le impide la entrega y ligado a esto el temor de volverse loca, de caer en el caos. Empieza a hablar de la pareja de sus padres y asocia la relación de ellos con un caos. Había violencia entre ellos e incluso intervino la policía en alguna oportunidad. Cito a Freud: "las fantasías provienen de lo oído, entendido con posterioridad."³⁹ Si la sexualidad queda ligada al caos que da miedo y se intenta evitar ¿cómo permitirse el descontrol de un orgasmo?

39 Freud Sigmund, "El humor", en *Obras Completas*, tomo III, Biblioteca Nueva, Madrid, 1927, p. 3000.

¿A quién pertenece un sueño?

Lilian González

Aparece en mi recuerdo, hace veinte años, una compañera de post-grado, curiosa e ingenuamente, pregunta con frecuencia al maestro: "Sí, pero, ¿el inconsciente dónde está?"

N consulta ante el suicidio de su hermana. Por primera vez habla de la desaparición de su otra hermana, ocurrida 32 años antes, de quién no supieron nada más. Recuerda el día en que los militares entraron en su casa, las luces, las armas, su padre intentando que no la lleven a ella.

N culpa a sus padres de no haber hecho nada después de la desaparición de su hermana, recuerda a su madre diciendo que no se hablara con nadie de lo ocurrido, que ahí no había pasado nada. Culpa también a los vecinos por ese silencio. "Nadie decía nada".

Frente a los llamados telefónicos de una antropóloga para que N se hiciera análisis de ADN, se enoja, no quiere ir. También se enoja con los 24 de marzo como feriado nacional, se enoja y

falta al trabajo por tres días, para no hablar. Nadie en su trabajo sabe de su hermana desaparecida. En las entrevistas no se sabe con quién está enojada, en algunos momentos parece ser más claro que su enojo es con quién habla o recuerda la desaparición de personas.

Se ausenta mucho de las entrevistas, dice que le cuesta venir. De su madre dice que es mala y que siempre lo fue. Habla de la muerte de su padre, de las horas que su madre había pasado al lado del cuerpo sin vida sin llamar a nadie. Los responsabiliza a ambos del suicidio de su hermana.

Nunca pregunta si por sus ausencias tiene que pagar, y a mí me cuesta, de hecho nunca lo hice, cobrarle por esas ausencias.

Deja de venir después de haberse hecho el ADN y de trabajar en análisis el hecho de que su madre mostraba cierto deterioro que le impedía vivir sola, deterioro que N observa y que la enoja por tener que hacerse cargo de una decisión. Dice no importarle y desaparece del tratamiento. Vuelve después de muchos meses, frente a la decisión de internar a su madre en un geriátrico. No sabe si hizo bien, si está en un buen lugar. Desarma la casa familiar, y encuentra un habeas corpus presentado por su padre en el momento de la desaparición de su hermana. El encuentro con ese documento no conmueve

su fuerte convicción sobre la inacción de los padres ante lo sucedido. Como en otros momentos de posible conmoción de sus afirmaciones, el hallazgo del *habeas corpus* no logra que se formule ninguna pregunta.

Busca algo en toda la casa, dinero, dice que tiene que haber mucho dinero, que en algún lugar tiene que estar escondido; busca ese dinero a pesar de que las actividades laborales de sus padres no producían elevados ingresos. Piensa en la venta de la casa y en la posibilidad de que el dinero esté escondido, enterrado, piensa en dar vuelta la tierra... ¿dinero sepultado? ¿Qué es lo sepultado que no se encuentra? ¿Sepultado? Sepultado-no sepultado.

Entre tanto vuelve con toda crudeza el odio hacia la madre, el cuestionamiento de por qué se tiene que ocupar de ella.

Varias veces ante este odio le pregunto si no cree que su madre enloqueció a partir de la desaparición de su hermana. Su rápida respuesta siempre fue que la madre era mala.

En la última sesión a la que viene, me cuenta que había ido al geriátrico y que escuchó a su madre decir: "así me dejaron los militares". Me cuenta también, que la madre decía no poder moverse de la silla, estaba paralizada. Le digo

que es la primera vez que le escucho decir esto de su madre.

No quiere venir más. Dice que se angustia por venir. Yo siento que no puedo hacer nada ¿la angustio? ¿Soy la causa de su angustia?

En varias ocasiones le dije que lo peor ya había pasado, que de eso no quería hablar y ese silencio también había producido estragos.

En esta sesión me siento casi sin palabras, bastante paralizada...sueño:

"Mi padre está desaparecido, y no hago nada, pasan los días y caigo en la cuenta de que a esa altura de mi parálisis ya debía estar muerto. Mi madre en ese momento ya se habría dado cuenta"

Algunos significantes me tocan pero me hacen pensar en N; nunca le cobré sus "ausencias", no la invité a hacerse cargo de su no hacer, de haber silenciado esa desaparición.

¿A quién pertenece un sueño?

Viajo a España por primera vez buscando la aldea de los que de allí partieron. Sorpresivamente me encuentro llorando un dolor que en algún punto me es ajeno y familiar a su vez. Nunca estuve allí pero me duele el dolor de los que partieron, dolor del que nunca se habló. Dolor ante lo perdido, ¿perdido? Se-

pultado- No sepultado.

Cito a Nasio: "Esfumarse de los prejuicios constituidos por el tiempo cronológico, el espacio y la unidad yoica, ya no hablamos en términos de persona, ni presente, pasado, futuro, ni reservorio para designar el inconsciente."⁴⁰

Nasio dice que el significante rebota de uno a otro sujeto de modo que no hay estructura de uno y no hay inconsciente de uno ¡Qué es una interpretación sino una expresión del inconsciente del analista y no del saber del analista!, El inconsciente no es ni individual ni colectivo, sino que se produce en el espacio del entre-dos, como una entidad única. El inconsciente se revela en un acto que sorprende y supera la intensión del analizante y del analista y ese acto más que revelar un inconsciente oculto, lo produce y lo hace existir siendo necesario para esto, un Otro que escuche. Para que sea el inconsciente, tiene que ser reconocido, y ese reconocimiento no es de pensamiento, sino que se da en el seno de la transferencia.

Si el significante nos atraviesa a pesar de nosotros y se articula con otros significantes, en la medida en que haya un lazo transferencial es

⁴⁰ Nasio, Juan David, *Lecciones sobre la teoría de Jacques Lacan*, Editorial Gedisa, España, Segunda Edición, 1995, p. 29.

posible que la repetición de significante se inscriba en mí y se manifieste en un sueño.

Por otro lado digo, dolor desconocido, ¿puede el dolor encontrarse en el cuerpo de otra persona, ajeno a quién lo vivencia? ¿Cómo se transmite ese dolor vivenciado en una generación y transmitido a otras, ajeno a la palabra?

F. Davoine dice: "A veces no hay lenguaje para decirse algo a sí mismo y solo se encuentran las palabras a través de algún otro. Puede ser incluso que algún otro sueñe en lugar suyo."⁴¹

Analistas como zahoríes del tiempo, convirtiéndose en vectores que indican con certeza la presencia de un tiempo salido del curso de la historia.

N vuelve después de pocas semanas y me cuenta que su madre ha muerto, que está más tranquila, que ha cremado sus restos y los ha tirado en el fondo de la casa, luego de lo cual le cuesta mucho entrar, ¿sepultado-no sepultado?

¿Qué estatuto tiene el sueño? Se trata de significantes reprimidos o forcluidos?

Davoine dice que, el estatuto de ese sueño permite que se imprima en mí o en mi sueño algo que no estaba impreso, que se imprima en un lenguaje que me es familiar y extranjero. De una inquietante

41 Davoine, Françoise, *La locura Wittgenstein*, Editorial Edelp, París, 1992, p. 17.

extrañeza. Lo que se está inscribiendo de esa forma se corresponde con lo que Freud llama "inconsciente no reprimido", definiendo con precisión que "Todo lo reprimido es inconsciente, pero no de todo lo inconsciente podemos aseverar que está reprimido".⁴² Por consiguiente, en este tipo de sueño no se trata de represión. Todo está dicho en el marco de ese sueño y es un momento durante el cual eso se inscribe. El estatuto del sujeto es muy particular, porque no se trata ni de deseo ni de represión. No tiene importancia fijarse si es el analista o el paciente el que tiene el sueño, porque ese sueño no pertenece ni a uno ni a otro como individuo, ese sueño pertenece a la historia que intenta inscribirse.

Por último, Lewis Carroll en *Alicia a través del espejo*

"...y ahora Mino pensemos. Quién fue el que soñó todo esto. Es una cuestión muy seria, cariño, y no es justo que sigas así lamiéndote la pata. Cómo si Dina no te hubiera lavado esta mañana! Mirá Mino o fui yo o fue el Rey Rojo. Él por supuesto figuraba en mi sueño, pero también yo figuraba en el suyo ¿Existió el Rey Rojo,

42 Freud, Sigmund. *El delirio y los sueños en la Gradiva de W. Jensen 1906-1908*, Tomo IX, Ed. Amorrortu, p. 41..

Mino? Mino tú eras su mujer, de modo que deberías saberlo... Oh!! ayúdame a aclararlo. Pero el endiablado gatito empezó a lambersse e hizo como si no hubiese oído la pregunta..."

Y vosotros, ¿quién creéis que fue?

La posición del analista. Entre vicisitudes transferenciales, ideales e ideología

Fernando Luchetta

¿Cuántas veces luego de haber terminado una sesión caben las preguntas "qué pasó" o "qué dije"???

Seguramente estas pueden responder a cierto desconcierto, a una búsqueda de garantía de haber hecho bien o simplemente interrogan el posicionamiento del analista en cada caso en particular.

Lacan, al final del *Seminario XII* exponiendo y examinando cuestiones sobre la transferencia, sostiene que el punto del ideal del yo, es el punto desde el cual el sujeto se verá como visto por el otro. Lo que le permitirá sostener una situación dual satisfactoria desde la perspectiva del amor.

Afirma que el lugar del ideal, es el lugar desde donde "el otro me ve tal como me gusta que me vean"⁴³

43 Lacan, Jacques, *Seminario XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1984, p. 276.

Al indagar la función y el lugar del analista concluye que la hipnosis responde al punto de confusión entre el significante ideal con el objeto a; este sería el momento en donde se juntan, donde ambos quedan superpuestos. Afirma entonces que "...el mecanismo fundamental de la operación analítica es el mantenimiento de la mayor distancia entre el Ideal y el objeto"⁴⁴.

Esta propuesta podría ser una buena guía para reorientar las preguntas por lo sucedido en una sesión o para pensar cuestiones generales sobre el posicionamiento del analista. Cuáles de las intervenciones proponen un rasgo con el cual identificarse, un significante ideal de referencia, territorios estos del ideal del yo, o, justamente, apuntan a mantener la tensión antes mencionada.

Lacan muestra un esquema que indica que la transferencia lleva o empuja la demanda a la identificación y postula que el analista debe abandonar ese lugar de idealización para servir de soporte al objeto a separador: "...si la transferencia es aquello que de la pulsión aparta la demanda, el deseo del analista es lo que la vuelve a llevar a la pulsión".⁴⁵

Podríamos establecer entonces que a uno de los lugares de identificación a los que la transferencia

44 Lacan, Jacques, *Seminario XI, op. cit.* p. 281.

45 *Ibidem*, p. 281.

empuja, es al ideal, a un rasgo, a un significante.

Ahora bien el analista es convocado, vía transferencia, a ocupar ese lugar de "idealización", entonces la maniobra sobre la transferencia apuntaría a poder correrse para no intervenir desde allí.

F presenta como motivo de consulta no poder tomar una decisión sobre la finalización de la carrera, adeuda tres materias. En varios pasajes de las primeras entrevistas aparecía la tentación de invitarlo a terminar sus estudios. Se pudo ubicar -ante los pensamientos que le aparecían al consultante sobre para quién estudiaba si para él o sus padres- que lo único que se puede saber previamente es que si culmina la carrera, algo se termina. Intervención que apunta a desarmar el pensamiento. Además pudiendo silenciar el analista su propio ideal de Universitario, comenzaron a surgir otros temas en el discurso del consultante. Como por ejemplo su relación con las mujeres, su modo de abordarlas, lo pendiente que estaba de su miembro en el acto sexual, cuanto tiempo duraba en el mismo, etcétera.

Así el tema de la carrera fue perdiendo consis-

tencia y dio lugar a otros. ¿Era esa incertidumbre ante el estudio lo que le permitió hacer una consulta, para poder formular otras preguntas, como por ejemplo las relacionadas con su sexualidad? De todos modos también cabe reflexionar sobre si la realización y culminación de los estudios respondían a su deseo o a un mandato superyoico.

Traeré ahora el caso de un analizante al que llamaré L. Transcurrido un tiempo considerable de análisis, un amigo le sugiere que sus problemas se terminarán cuando pueda trabajar de manera independiente, por fuera del negocio familiar.

Entonces comienza a plantear en su análisis la posibilidad de buscar un nuevo trabajo. Por intermedio de otro amigo emprende la labor de distribuir joyas en diferentes casas de bijouteri y joyerías.

Mientras él va obteniendo clientes, armando su cartera, va generando gastos y deudas con algunas personas. En este contexto de falta de dinero propone interrumpir el análisis. Acceder a su propuesta, ¿no era dejar el tema por fuera del dispositivo?

Se estableció entonces seguir trabajando y que quede registrado el valor de las sesiones que no podía abonar. Así, luego de un tiempo y cuando comienza a tener dinero empieza a pagar la deuda. En la actualidad mantiene sus estudios, trabaja tanto con el padre, como así también vendiendo bijouterie, ex-

presa también las ganas de vivir con su novia. También recuerdo a E; por situaciones que comienza a describir, se percibe que la presencia física de su expareja le permitía armar, sostener y re afirmar su propia imagen corporal.

Lo que más anhelaba de no estar con ella era su presencia física. Se sentía vacío, sin motivación por vivir.

Por otro lado, junto a los llamados reiterados durante la semana, en sesiones comienzo a notar cierta insistencia por parte del paciente de estar atento a mis gestos: "hoy tenés buena cara", comenta en una oportunidad.

Además de mostrarse pendiente de mis expresiones siempre me pedía alguna opinión. Pero lo que más se hacía notorio era esta búsqueda de reconstruir su propia imagen corporal al encontrarse con la presencia concreta del otro.

En un momento, pregunta por el diván y luego de unas sesiones comenzamos a trabajar en él. Pero, ¿no buscaba reafirmarse subjetivamente a través de cierto pedido, tal vez no tan explícito, de ver al otro y así reconocerse?

Si bien en los primeros tiempos en el diván pudo asociar, luego aparecieron los silencios extensos. Después la modalidad fue variando. Pero lo que interfería era la interrogación del

analista por si hubo o no cierto apresuramiento por este pasaje, respondiendo tal vez a cierta idea o premisa de que es conveniente no excederse con la modalidad de trabajo cara a cara.

¿Es posible sostener o dar soporte al objeto a sin recurrir a la utilización del diván? Estar frente a la figura del analista implica de por sí el ofrecimiento de parte de este, de rasgos a los cuales identificarse; ¿no se podría propiciar ese desliz sin que la mirada se haga presente?

Considerando este último y el caso anterior, se puede observar cómo por momentos algunas ideas que podrían atribuirse a cierta imposición de cómo debe tratar estos temas un analista, impedían de alguna manera ver claro.

Es importante precisar que cada uno es atravesado por su propia ideología y lleva adelante su práctica en una época y en un contexto determinado, ambos pueden imponer ciertos estereotipos como ideales de praxis.

Por ejemplo, se puede sostener que en la actualidad y en ciertos círculos analíticos lo que serían recursos de trabajo -como la utilización de la sesión corta, el silencio, el empleo del diván, el pago de las ausencias o el manejo del dinero en general- se podrían transformar en ideales de procedimiento. Estos asegurarían "un saber hacer" y cierto modo de utilizar

esas herramientas. También confirmarían cierto lugar de pertenencia.

Siguiendo esta línea argumentativa es notorio que desde cierta estandarización puede entenderse que la utilización de la sesión corta propicia de por sí o facilita el corte (admitiendo como una acepción posible de este término la posibilidad de un cambio en la posición o modalidad de goce del analizante). Si consideramos que se corta con el filo del significante, una sesión corta puede ser solamente eso, no necesariamente implicaría que allí se haya jugado algo de un cambio subjetivo. Entonces no hay que perder de vista que los efectos de cualquier tipo de intervención pueden observarse a posteriori y no ser calculados previamente.

Considerando lo propuesto hasta este momento afirmamos que responder a estos estereotipos, que estos se transformen en el "hacer ideal" dificultarían intervenir, decidir e interrogarse en función del caso por caso.

Indudablemente en los tres casos antes relatados se observan situaciones en donde quizá en algún momento por la interferencia de estas imposturas a las que hacíamos referencia se podría ver impedido, de alguna manera, el libre accionar. ¿Cuándo la irrupción de esta ideología

o premisas sería un verdadero obstáculo? Seguramente cuando al analista se le dificulte la posibilidad de dejarse tomar plenamente por la transferencia. Es decir, si en el caso de L queda acentuada la idea de que el paciente siempre paga, sino no hay análisis, no podría haber ingresado el tema del dinero en el trabajo. Si bien en el caso de E el diván funciona, también es cierto que en ocasiones pidió volver a la modalidad cara cara. Lo importante de resaltar es que aferrarse fuertemente a una idea previa de trabajo impediría la lectura o el subrayado de la verdadera demanda de ese entramado transferencial particular.

Retomando una de las ideas centrales y al reflexionar sobre la abstinencia, no la asociamos al silencio del analista. Sino que la apuesta la orientamos a que queden silenciados sus ideales y además no se ofrezcan significantes o modelos que funcionen como puntos de referencia a los que identificarse.

Esta sería una posible manera de responder a la idea de Lacan de "este más allá posible de la identificación", idea de abstinencia que también estaría en consonancia con su crítica que realiza a la Psicología del yo, corriente que supone el final de análisis como la identificación con el yo fuerte del analista. Ahora bien, en uno de los casos clínicos asoma el ideal de independencia (que puede ser económica,

o hacer referencia a no vivir en la casa de los padres o trabajar por fuera del negocio familiar, etcétera).

En este caso, probablemente los dichos del amigo funcionaron como un ideal a alcanzar.

Podríamos pensar, ¿cuál sería el inconveniente de que se quiera alcanzar algún ideal? En algunos casos, ¿no es conveniente alentar a alguien a que acceda al propio?

Es oportuno resaltar que la advertencia recae sobre el analista y la problemática se plantearía si es este quien propone significantes ideales como "punto de referencia significativa". Esto sería lo que quedaría más cercano a la función de la hipnosis o la sugestión, dado que se propiciaría una juntura entre un objeto alcanzable y el ideal.

También vale resaltar que la propuesta es de una tensión entre el ideal y el objeto, no la eliminación de alguno de los dos. No olvidemos que el Grafo del deseo se presenta al ideal del yo como una respuesta posible del Sujeto.

En este punto cabe hacer una distinción entre el ideal del yo y el súper yo. El ideal puede ser organizador y funcionar también como motor del deseo.

El problema asoma cuando este comienza a

tener cierta conexión con el Súper yo. Recordemos que el Súper Yo es pura exigencia, es la instancia a la que no se le puede fallar, nada lo conforma. Responder a la exigencia de este es nunca estar a la altura, como se diría coloquialmente, es querer apagar el fuego con nafta.

En el caso que se presenta, parte del trabajo estuvo no en eliminar ese ideal, sino en relativizarlo. Es decir, disminuir la exigencia de tener que alcanzarlo sí o sí, dado que en ocasiones el sujeto en cuestión no podía disfrutar de situaciones y momentos que estaba produciendo y consiguiendo porque sentía que no había alcanzado esa Independencia.

Para finalizar, cabe subrayar que la idea central de este escrito es proponer y formular preguntas, que al ser realizadas por el analista en su práctica, van leyendo al mismo tiempo el entramado transferencial, intentando distinguir por ejemplo qué queda del lado del objeto, qué responde a exigencias del súper yo, qué pertenece al ideal y de cuál se trata. Si aparece uno que responde al analizante o es ofrecido por el analista. Qué de la ideología reinante en los lugares de pertenencia asoma en el dispositivo. Y en el último de los casos planteados, además, qué del narcisismo está en juego.

¿Es el concepto de *progreso* válido para que sea incluido en la clínica psicoanalítica?

Ana Niemtsoff

Es de mi interés revisar la pertinencia del concepto de progreso en la práctica analítica. En reiteradas ocasiones escucho con cierta sorpresa a los analistas hablar del “progreso” de sus pacientes desde que “vienen al tratamiento analítico”. En este trabajo voy a tomar algunos desarrollos de Auguste Comte, Sigmund Freud y Jacques Lacan, quienes han ahondado sobre este tema.

Comte plantea que el progreso indica la existencia de un sentido de mejoría en la condición humana. En la cultura occidental, el progreso está en relación con la lucha por perfeccionarse y es entendido como superación constante del ser humano a formas de vida cada vez más plenas. A partir de aquí podemos relacionar el progreso con la idea de una meta lo cual implica una direccionalidad, que sería hacia donde uno va. Se construye sobre una teoría del pasado y del futuro, así como también sobre una teoría

de lo deseable.

Desde esta perspectiva se puede incluir la variable del tiempo; o sea que hay un final al que hay que llegar en un futuro próximo, extrayendo un sesgo optimista que se opone a la resignación y al pesimismo.

¿Cuántas veces escuchamos que se progresa y se logran mejoras cuando el sujeto se esfuerza? De este modo queda vinculado el progreso con el esfuerzo.

Es Lacan quien nos dice que en psicoanálisis no hay progreso ni evolución. No se trata de avanzar ni de retroceder, se trata de hacer una experiencia de la castración para producir un sujeto de deseo.

Freud, en "El porvenir de una Ilusión", nos advierte sobre el peligro de fascinarnos con el progreso: "Muchas veces se mide por la valoración de los ideales alcanzados. Estos ideales determinan el éxito de un sujeto" y continúa "cuanto menos sabemos del pasado y del presente más inseguro habrá de ser nuestro juicio sobre el porvenir".⁴⁶

Hago aquí una escansión para ligar el porvenir con el hacer camino, con el ir para adelante en oposición al progreso como resultado del esfuerzo.

Freud en "Los caminos de la terapia psicoanalítica"

46 Freud, Sigmund, "El porvenir de una ilusión" (1927), *Obras completas*, Tomo III, traducción Luis Lopez Ballesteros y De Torres.

(1018), nos indica:

"...rehúsame decididamente adueñarnos del paciente que se pone en nuestras manos y estructurar su destino, imponiéndole nuestros ideales y formarle con orgullo creador a nuestra imagen y semejanza"⁴⁷.

Después de leer esta cita se impone no olvidarnos del concepto de abstinencia y recordar que el analista debe abstenerse de su fantasma, de sus propios ideales.

Un analista no le da lo que le falta al paciente si no que lo ayuda a que esa falta aparezca y pueda hacer algo con eso.

El análisis no arregla el problema de la falta si no por el contrario hace funcionar esa falta como lo que causa a un sujeto. Sabemos que por la vía de la identificación al analista como ideal, nadie se cura. Hay que pensar la transferencia en un punto no proyectable, causa de deseo, consecuencia de lo cual lleva a darle un destino ético a la castración.

La repetición no espera a la transferencia, en

47 Freud, Sigmund, "Los caminos de la terapia psicoanalítica 1918 (1919)", *Obras completas*, Tomo III, traducción Luis López Ballesteros y De Torres.

todo caso lo que cambia es que en la transferencia, la repetición se entreabre a las diferencias y se rompe el destino.

En transferencia cabe oír lo que nunca se escuchó y se transforma en una repetición significativa.

El neurótico deja de golpear las puertas del gran Otro para armar una pregunta acerca del goce retenido.

“La productividad de la neurosis se manifiesta del modo más inmediato en la creación de significantes”, como dice Moustapha Safouan. Aquí cabe plantear una oposición entre movimiento y detención para así poder ligar el término detención a la palabra plena que sería el significante previo a la emergencia de la angustia. Es cuando el significante llama al siguiente y el siguiente no aparece y en su lugar aparece un agujero, lo real.

Para concluir, voy a comentar un caso clínico de un paciente adulto. Juan, que en el momento de la consulta tenía 28 años. Llega con una sensación de estar estancado y detenido.

Este significante “detenido” lo vamos retomar mas adelante.

Pasó su primera infancia por distintas provincias del sur argentino, hasta que a los siete años se instaló en la Capital Federal

a raíz del ascenso de su padre en la carrera militar.

Tuvo una educación muy religiosa. A los doce años les dice a sus padres que no quiere concurrir más a misa. Los motivos que aduce son los siguientes: “Ir a misa no me va a mejorar la vida. No quiero hablar con alguien que no está”. A lo que el padre le respondió: “Ya vas a volver solito”.

Al mismo tiempo se preguntaba: “¿por qué tengo que saber lo que no sé?, ¿por qué tengo que aceptar las reglas?, ¿por qué tengo que hacer cosas para que el otro la pase bien?”

Respecto a su madre cuenta que cada vez que lo llama por teléfono le pregunta:

“¿Qué es de tu vida?”, y él se pregunta, “¿Qué desea saber mi mamá, si mejoré, si progresé en la vida?”

Se puede pensar que este paciente cuando comenzó su crisis religiosa pataleó en lugar de formular, “¿qué hiciste papá?”

Recordemos la pregunta del paciente “¿para qué quiero saber lo que no sé?”. Lo que seguramente hubiera llevado a avanzar sobre ciertas sospechas acerca de la participación de su padre en la dictadura militar.

El análisis se interrumpió en el punto donde no

se pudo ir más allá del padre o mejor dicho no se pudo ubicar fantasmáticamente su relación con el padre. Quedarse detenido era no ir solito donde el padre lo deseaba. Recordemos sus palabras "ya vas a volver solito". Quedar detenido él y el análisis satisfaría en no darle el gusto a su padre y dejar las cosas en su lugar.

El análisis se interrumpió en el punto donde no se pudo hacer algo con la falta, puesto que continuarlo hubiera comprometido su saber no sabido sobre los detenidos - desaparecidos.

Bibliografía

Comte, Auguste, *Discurso sobre el espíritu positivo*, Edición y traducción de Eugenio Moya.

Freud, Sigmund, "Más allá del principio del placer" (1919-1920), *Obras completas*, Tomo III, traducción Luis López Ballesteros y De Torres.

Freud, Sigmund, "El porvenir de una ilusión" (1927), *Obras completas*, Tomo III, traducción Luis Lopez Ballesteros y De Torres.

Freud, Sigmund, "Los caminos de la terapia psicoanalítica 1918 (1919)", *Obras completas*, Tomo III.

Pudor y vergüenza

Alcira Otero

Este escrito busca dar cuenta de articulaciones posibles entre transferencia, vergüenza y pudor en el transcurso de un tratamiento. La potencia del dispositivo generó su emergencia y hete aquí la reflexión.

V se presenta a la consulta derivada por una colega, quien no la atendería más por razones institucionales. Antes de partir, mi colega me refiere sobre V: "de tanto en tanto, fantasea... cree que está embarazada; luego desaparece por un tiempo y a su retorno, es como si nada." La recibo, pues. Comienza a concurrir. Se presenta una joven de veintidós años, de apariencia aniñada, acompañada esta actitud con "frases e imposturas de un adulto", que se escuchaban raras en su encarnadura.⁴⁸

48 Se podía sentir el "ser hablado" por el Otro de la alienación: V estaba indignada con la psiquiatra y conmigo por haber citado una vez a su madre (quien solo vino en dos oportunidades y quejándose además por haber dejado su trabajo, luego de haber sido citada varias veces) "¿Cómo van a hacerle perder

A lo largo de las entrevistas, intuyo que comienza a hacer el duelo por su terapeuta anterior: “¿Dónde está M?... ¿Va a volver M?... yo me veía con M”⁴⁹. Al momento de la partida de M, V parece haber perdido referencia en tanto ser objeto causa de algún otro: causa de que alguien la espere en determinado horario, de que alguien le pregunte sobre su insistente relato de embarazos que parecían detenidos en el tiempo. Intento en el curso de las entrevistas transitar desde M, hasta poder consistir como un otro abordable para V.

En el espacio que se inicia, pronto aparece un relato sobre un abuso. Ella, habiendo sido objeto de abuso. Cuenta y ubica a su actual padrastro (pareja que convive con su madre) como el perpetrador del hecho. Es una escena que se arma en el espacio y que cobra intensidad pues “pesa” algo de su veracidad; tiene consistencia, es absolutamente creíble. El peso del relato es que, además, este hombre seguía viviendo en la casa de V, con sus otros hermanos y hermanas. El relato de esta escena ya había discurrido verbalmente en la institución escolar donde tiempo a mi mamá, si ella tiene que ir a trabajar, no puede faltar a su trabajo para venir acá a hablar?” Minutos antes, defenestraba a su madre y refería sus descuidos, estando ésta afuera del consultorio.

49 Vale hacer notar que el nombre del analista anterior coincide con quien hubo sido según la religión católica, la Madre de Dios.

V estaba realizando sus estudios primarios, lo que había generado la movilización de muchos “otros”.

De dicha relación sexual, habría nacido una niña, a quien V nombró “Giulianna” (modalidad italiana legalmente aceptada del nombre). Era llamativo que no dijera “Juliana”, sino que su pronunciación era clara en su primera sílaba: la fonética era de la letra “Y” (sonido con arrastre, no como es en el caso claro de la “J”); yo, al escribirlo, lo hacía con “Y”, sin percatarme de la posibilidad de la italianización del nombre –tal como está escrito al inicio de este párrafo, entrecomillado-. No preexiste el nombre “Yuliana”... sin embargo, lo escribí así durante dos años por lo menos en mis notas... “yo” y “Yuliana” comparten el mismo fonema inicial. Algo comenzaba a gestarse...

En una de las pocas entrevistas relativamente “amigables” con su madre, A, refiere que V fantasea, delira: “ahora dice que tiene novio... y una hija; que está embarazada. Todo el tiempo la misma historia. Miente, es todo mentira”.

A medida que el tiempo fue transcurriendo⁵⁰, Yuliana tuvo siempre la misma edad (3 años).

50 Entiéndase por tal, un tiempo de entre dos años y medio a tres años de tratamiento.

V tenía rol vital para Yuliana. Me eran referidas características y aspectos de una vida cotidiana, llena de rutinas y de cosas por hacer para Yuliana y su marido; esta versión era sostenida en un relato continuo que, al detenerse por alguna circunstancia no resistía ninguna posibilidad de ampliación o la más mínima interrogación sobre algún detalle: la respuesta que solía obtener una y otra vez, era "silencio". Silencio que tornaba muy denso dichos momentos.

Esos momentos de silencio prolongado, incómodo se acompañaban de movimientos corporales variados, por ejemplo: "revoleo de ojos", acomodar el bolso que no bajaba de su regazo, de sonrisitas... la palabra de ese otro frente suyo, solía oficiar de corte de esa escena de la que parecía no haber salida. Una pregunta, un comentario, alguna acotación contribuía a pasar a una segunda escena.

Una palabra que luego pude articular para mis adentros, a fin de nombrar esos momentos, es "vergüenza". Creo que V sentía vergüenza o algo muy similar a ello. No obstante, dicho significante no representa, no abarca ese "real" que no entra en dicha palabra, que no alcanza para nombrar. Hay un otro, y ante ese otro V podía sentir vergüenza por el relato recién proferido o por la carencia de significantes que, no obstante, serán siempre "mentirosos" en tanto

versión posible del sujeto.

Interpelado por esta situación, el analista intentaba hacer trabajar esto que aparecía. Con el sostén, la palabra y cortes en lo amorfo que provenía de V, procuraba en su función convertir esos momentos de vergüenza y pesadez en el intento de otra cosa: allí era donde se introducían opciones que se brindaban a modo de abanico para una selección posible para V. El relato, luego de una elección, podía continuar, más o menos del mismo modo, hasta que aparecía otro momento similar, de estancamiento de la cadena discursiva. Se trataba de ser soporte de ese vacío, y allí prestar algún significante para una elección posible.

Comienza a aparecer, entonces, algo similar a "otras vergüenzas" que se despliegan en el encuentro con el otro: en el momento de la mirada, de la escucha; en la presencia de un otro que sostiene la escena, no sin incomodidad. Lo que nomino "vergüenza" se hacía presente en otras dos ocasiones o daba lugar a otros momentos de vergüenza que tenían otro valor. Una de ellas era durante el proceso de anotar al otro de su(s) nuevo(s) embarazos. Tal como se enuncia, fueron reiteradas las ocasiones en que tenía lugar una suerte de ritual: venía a

sesión en horario⁵¹, se sentaba y con la mirada que iba y venía pasando desde sus manos, luego por su cartera para inmediatamente posarse en mí en absoluto silencio, se preparaba para un repetido, pero "nuevo" anuncio de embarazo. En esta dilación, que podía tomar una parte importante del encuentro, se podría leer "tenía vergüenza" sobre algo no dicho aún. Si yo hacía un pequeño e insignificante gesto o ruido, me preguntaba: "¿Dijiste algo?". "No", contestaba yo. A diferencia del "momento vergonzoso" relatado párrafos arriba, en este caso, en ese silencio había una imperiosidad de decir; era esta escena la antesala del anuncio pomposo del embarazo. Esta secuencia no coincidía con momentos particulares, sino que era como "darle una sorpresa al otro" y regodearse respondiendo las preguntas que se le pudieran hacer desde el más absoluto no-saber sobre su estado de gravidez. Estas preguntas sí eran contestadas con desdén y hasta con cierta soberbia. La otra situación, de especial claridad, se daba cuando V quería demandarle algo, realmente muy especial, a ese otro en sesión encarnado o encargado (ambas palabras son válidas para el caso). Había algún encargo, a modo de posible demanda. Ella me cargaba con el peso de su pedido. Ella no podía hacerlo oralmente y sosteniendo la mirada...

51 O incluso más temprano.

lo hacía a través de notas entregadas, escritas en pequeños papeles mal recortados y con una letra imprenta de tamaño considerablemente grande. "Hola. Qué linda estás hoy. Te quiero mucho. Sos muy linda. ¿Querés ser mi mamá?" o "Hola. ¿Sos mi mamá, no?" En cada entrega había una necesidad de una respuesta afirmativa de mi lado, una imperiosidad de agradar, de advenir como falo del deseo de ese otro. Allí es entonces cuando hay un otro deseante para el cual es posible "ser". Deseo del otro en función, y como tal, organizador del sujeto, en palabras de Diana Rabinovich⁵².

Insiste en las recientes descripciones, el encargar un rol... o un hijo. Que alguien se encargue, que alguien se haga cargo de un maternaje y pedirle eso a un extraño (a alguien que no es la madre), es vergonzoso; V se arriesga en estas demandas que dirige a ese otro, que podría optar por rechazar la demanda y por ende, a ella misma.

La vergüenza en este caso venía al punto de una emergencia subjetiva posible: no había nada más suyo, que ese momento en donde se erigía como sujeto para el otro, al entregar una

52 De la desgrabación de una conferencia con fecha 22 de noviembre de 2010. Sin lugar especificado de su realización

demanda; suponiendo que el otro del deseo podría llegar a darle cabida.

Me pregunto por ese Otro de los orígenes. ¿V es la corporización de ese deseo que nunca estuvo del lado de ese otro materno primordial? Lo que no se inscribió vía el símbolo ¿es que retorna de este modo en lo real, en ese delirio de embarazo deseado tremendamente y en el rol de buena madre y esposa? Por momentos se hace intolerable la entrevista con A (madre biológica de V). Preguntada por el nacimiento de V, responde con una sola palabra: "Bien." Es muy incómoda (para quien la recibe) una respuesta de este tipo al dar cuenta del nacimiento de un hijo. Además de que no hay lugar en ese discurso materno para una pregunta más. Un intento de avanzar en ese "bien" significaba comenzar a ser testigos de la impaciencia de A. Claramente, no hay lugar para otro que pregunta, que pide. Uno quisiera escuchar un poco más en el relato sobre el nacimiento de un hijo, más allá de si fue deseado o no. Pareciera no haber historia de V, ni para V. No hay referencias tampoco sobre el padre, que no está ni como ausente. En consecuencia, V se procura un relato propio; se lo construye. Es el espacio del análisis donde tendrá lugar su construcción y escenificación para un otro.

Es así que Yuliana tiene una madre... ¡y una "abue-

la"! Esta función materna de mi paciente hacia Yuliana puede suponerse si en paralelo, el analista acepta ser "la abuela" de esa beba. Y a su vez, V tiene lugar de hija en una genealogía, instaurada mediante su propuesta, su demanda loca.

Hay allí un ordenamiento familiar ad hoc, en transferencia real; es decir, donde la persona del analista es tomado al pie de la letra por el rol asignado, donde no hay separación o hiancia y la palabra parece no tener rol metafórico. Ahora bien, lo interesante es que estas "vergüenzas" eran prácticamente paralelas a la realización de preguntas sexuales, vinculadas a la genitalidad hechas sin ningún pudor hacia su analista. Esto es, sin ningún tipo de recato, sino con ardiente interés; de modo repetitivo, al modo de lo real, volvía siempre el mismo interrogante sobre la diferencia sexual, los genitales, el acto sexual, su descripción, qué pasaba entre un hombre y una mujer; V intentaba con sus interrogaciones escuchar e indagar en lo minucioso del asunto de la genitalidad.

El pudor en tanto dique y representativo de la represión, no se evidenciaba en esas preguntas que eran del orden de lo obsceno. El pudor tampoco está en función en el acto de solicitar

“ser ahijada” del modo en que ya fue relatado. Con lo cual falta de pudor y “gesta” de una vergüenza no son incompatibles, por lo menos en este relato clínico.

No se trataría entonces de la falla neurótica de la represión, sino de su ausencia. Falta de pudor que aparecía también en los inicios en el relato del abuso por parte de su padrastro y actual pareja de la madre de V; ella, objeto de una situación ominosa perpetuada día tras día por la convivencia diaria. Según el relato familiar, no se trataría de un hecho verídico. A V le hizo falta esta versión a modo de “mito de los orígenes” para hacerse visible ante terceros.

El pudor puede tener lugar en el sujeto, una vez que instancias de la vergüenza⁵³ de algún otro significativo, anclen en aquel y funcionen al modo de los diques freudianos. Allí se engarzan pudor y vergüenza, como las dos caras de la misma moneda y con la apariencia de haber estado allí siempre, siendo lo más propio; pero a la vez, lo más ajeno, en tanto provenientes de ese otro.

Aristóteles en *Ética a Nicómaco*⁵⁴, refiere sobre la ver-

53 Aspectos de la moral, imposiciones sociales, prohibiciones, normas del “buen proceder”, etc.

54 Aristóteles, *Ética a Nicómaco*. Libro Cuarto, capítulo IX, “De la vergüenza”.

güenza diciendo que es una perturbación, un temor a alguna afrenta, en donde lo corporal está en juego: ponerse colorado, por ejemplo. El pudor estaría relacionado con ocultar lo que no se quiere mostrar o ser visto; aquello que resguarda lo sexual, la desnudez. Es interesante que ambas instancias “tocan” el cuerpo de alguna manera.

Freud, en el texto “Tres ensayos de teoría sexual”, trabaja sobre el sentimiento de vergüenza:

“Durante este período de latencia... se edifican los poderes anímicos que más tarde se presentarán como inhibiciones en el camino de la pulsión sexual y angostarán su curso a la manera de unos diques (el asco, el ***sentimiento de vergüenza***, los reclamos ideales en lo estético y en lo moral)...”⁵⁵

Una modalidad de presentación de estos diques parece ser la presencia de cierta inhibición en torno a la sexualidad, quedando marcada con el signo del escrúpulo, que se erigen como señales de la represión.

55 Sigmund Freud “Tres ensayos sobre teoría sexual”, *Obras Completas*, Amorrortu. pág. 161. Lo escrito en itálica es intención de enfatizar el concepto por parte del autor del presente texto.

A diferencia de lo que se cuenta en el relato del caso clínico, donde la vergüenza y el pudor parecen asentarse en “cuerpos diferentes”: vergüenza en V y cierto desconcierto y pudor en mí ante sus preguntas genitales y descarnadas.

El tratamiento duró un tiempo considerable, luego del cual V dejó de concurrir. Al tiempo, V y su madre vienen, esta última indignada ante la confirmación de embarazo de V, quien se encontraba saliendo hacía ya un tiempo con un compañero de su escuela⁵⁶. La madre vino al centro de salud a asesorarse para la realización de un aborto. V transmitía su desesperación a los profesionales intervinientes ante este pedido materno: ella quería ser mamá, quería ese bebé.

En el tratamiento parece haber habido un pasaje de “ser hija” siéndolo vía la transferencia, y con ello, se habilitó algo del orden de poder “tener un hijo”, de ser madre no ya a través de un abuso real, fantaseado, delirado; sino quizá, a través de un “abuelazgo” simbólico de ese hijo, habiendo el analista cumplido función en la suplencia de un rol no tomado por nadie hasta ese momento. En este caso, un rol de singular importancia como lo es el materno.

56 Aquel “marido” para el cual V pasaba horas cocinando y planchando la ropa no apareció más en su relato.

Bibliografía

Aristóteles, “De la vergüenza”, *Ética a Nicómaco*, Libro Cuarto, capítulo IX.

Freud, S. – “Tres ensayos de teoría sexual” en *Obras Completas*, Volumen 7. Amorrortu Editores S.A. Buenos Aires. Primera edición en Castellano, 1978. Décima reimpresión, 1998.

Lacan, J., *Seminario VIII* “La transferencia”.

Lacan, J., *Seminario X* “La Angustia”.

Platon, *El banquete*, Editorial Aguilar S.A., Buenos Aires, 1965.

Rabinovich, D., Conferencia desgrabada del 22 de noviembre de 2010.

Algunas ideas sueltas sobre el tema de la espera

Regina Poyastro

Mis preguntas surgen a partir de ciertas insistencias en la clínica con pacientes jóvenes y adultos, donde cuestiones que ponen en juego distintos tipos de espera, producen diferentes respuestas: desde el notable incremento de ansiedad o angustia concomitante, hasta puestas en juego de compulsiones, *actings* o pasajes al acto. Otras veces, las presentaciones son bajo la forma del desgano, la tristeza, incluso la desesperación.

¿Con qué coordenadas tiene que contar un sujeto para poder esperar?

¿Qué sucede cuando alguien no lo puede hacer y la ansiedad comienza a cubrir la escena cotidiana?

¿Y cuándo es la angustia la que irrumpe, tiñendo todo el relato y volviendo insostenible la espera?

En ocasiones, ¿son la desesperanza o la desesperación las que empujan al *acting -out* o al

pasaje al acto?

¿Qué pasa cuando al no tener un marco que la sostenga aparecen el desgano o la claudicación?

¿De qué se trata la espera? ¿Qué pone en movimiento?

¿Se la puede pensar como una bisagra que vira al goce o al deseo? ¿Qué haría posible ese viraje?

Pienso que la espera pone en juego algo del objeto, algo de un encuentro con lo real.

Si hay espera hay incertidumbre, algo que no se sabe, que no cierra, que todavía no concluye, entonces empecé a pensar en la dimensión temporal.

En el texto "La Agresividad en Psicoanálisis"¹, Lacan introduce las dimensiones de espacio y tiempo. Las ubica como coordenadas que tienen que ver con la castración, dice que son categorías a construir y en las que el sujeto habita. Considera la dimensión espacial como el lugar de desarrollo imaginario de los síntomas y liga la dimensión temporal a la angustia y su incidencia.

1 Lacan, Jacques, "La agresividad en psicoanálisis", *Escritos I*, Editorial Siglo XXI.

Giorgio Agamben en *Historia e Infancia*² nos explica, cómo a lo largo de la historia de la filosofía el concepto de tiempo se fue modificando.

En la antigüedad grecorromana la concepción del tiempo era circular y continua. Esta idea compartida por Platón y Aristóteles tiene una primera consecuencia: al ser circular el tiempo no tiene dirección y se garantiza la permanencia y la perpetuidad a través de la repetición y el continuo retorno. Apoyados en la Física y la Geometría, se pensó el tiempo al modo del círculo. Aristóteles hablaba de infinitos instantes puntuales en fuga.

La experiencia judeo-cristiana consideró el tiempo con la figura de la línea recta, los acontecimientos que se desarrollan nunca se repiten, el tiempo tiene una dirección y un sentido. Hay teleología, se va de la creación al fin, el tiempo queda separado de los astros y se vuelve un fenómeno humano e interior.

Kant, durante la modernidad, hablaba del tiempo y el espacio como categorías a priori, independientes de la experiencia y que son condición para que ésta sea posible. Espacio y tiempo son las formas de presentación de lo que aparece. Lo que aparece es diverso, el espacio es un aquí posible y el tiempo deviene vacío y puro, ya no mide nada, rompe con la idea de tiempo como sucesión. El espacio consti-

² Agamben, Giorgio, *Historia e Infancia*, Adriana Hidalgo editora.

tuye la exterioridad y el tiempo la forma de la autoafección.

En la edad contemporánea se vacía al concepto de tiempo de cualquier otro sentido que no sea el movimiento uniforme y rectilíneo del proceso industrial, surge la idea de progreso continuo e infinito.

Hegel piensa el tiempo siguiendo el modelo aristotélico del instante puntual, y agrega la idea de que el tiempo es el ser que mientras es, no es, y mientras no es, es. Lo concibe como negación y superación dialéctica del espacio, el tiempo es negación de la negación.

Para Marx el hombre está escindido entre su ser en el tiempo, como fuga inasible de instantes y su ser en la historia. La realidad diacrónica y la estructura sincrónica, no coinciden temporalmente y el hombre se ha perdido en el tiempo. Los estoicos lo pensaron no como algo objetivo y sustraído a nuestro control, sino que el tiempo, para ellos, surge de la acción y decisión del hombre. Su modelo es el *Kairos*, coincidencia repentina e imprevista en que la decisión aprovecha la ocasión y da cumplimiento a la vida. Es la maniobra que sustrae al hombre del sometimiento del tiempo cuantificado.

Por su parte, Heidegger considera que el centro

de la experiencia está en el momento de la decisión auténtica, en que el “ser-ahí” obtiene la experiencia de su propia finitud. El hombre ya no cae en el tiempo, sino que existe como temporalización (*Ereignis*) acontecimiento, dimensión originaria que funda la dimensión espacio-temporal.

Entonces, ¿cómo construye un sujeto la dimensión temporal? ¿Puede, al modo de la historia de la filosofía, ir a lo largo de un análisis cambiando su posición respecto del modo en el que habita la coordenada temporal?

Leí en contrapunto la obra de teatro *Esperando a Godot* de Samuel Beckett y el texto “Lo percedero” de Freud.

La obra de teatro escrita a fines de la segunda guerra mundial, está encarnada por dos personajes: Vladimir y Estragon sobrevivientes, que se encuentran en un espacio agreste, teniendo como único paisaje el de un árbol seco. Esperan cotidianamente a un tal Godot, personaje con el que se supone, tendrán una cita, que nunca llega. Si bien la escena cuenta con momentos de comicidad, se va volviendo difícil de soportar ya que el tiempo y el espacio están detenidos en algo circular sin salida, donde de tanto en tanto, Estragon se plantea el suicidio como último recurso.

A lo largo de los dos actos, un niño anuncia que

la llegada de Godot (al que algunos imaginan Dios) se posterga ineludiblemente para el día siguiente, volviéndolos a sumir en el mismo desamparo y desasosiego. Tiempo que pienso congelado en una repetición al infinito al modo del *au tomatón*.

“Lo percedero”³, es también un texto escrito con el telón de fondo de la primera guerra mundial, allí a diferencia del relato anterior, Freud camina acompañado de dos amigos por una “florida campiña estival”. Hablan acerca de que no pueden dejarse tomar por la maravilla del paisaje, afectados por lo percedero del mismo, que tendrá una inminente caducidad. A eso Freud contrapone “un valor de rareza en el tiempo” diciendo que “las limitadas posibilidades de gozarlo, lo tornan mas precioso y que es la anticipación de su caducidad, lo que no les permite soslayarse en la percepción presente”. Ubica el concepto de duelo, explicitando la vuelta de la libido sobre el yo, previa la salida a nuevos objetos una vez inscripta la perdida, inscripción posibilitadora. Aquí entonces la repetición como *tyche*, repetición de la diferencia, abre la posibilidad de un tiempo hacia el futuro.

3 Freud, Sigmund, “Lo percedero” (1915 – 1916), *Obras Completas*, Editorial Amorrortu, Volumen XIV.

En su libro *Trauma, duelo y tiempo*⁴, Norberto Ferreira sitúa una diferencia fundamental para la clínica entre lo actual y lo sintomático. Ubica lo actual como forclusivo, pensando la actualidad como eternidad, el sujeto puede ser aspirado por lo actual, mientras que en el síntoma y la identificación el tiempo se impone. Dice que lo actual se produce cuando se rompe el amor que hay entre la palabra y la voz, cuando la función fálica no opera, o no hay este amor del padre que cumple una función de orientación.

“Hay una relación muy fuerte entre el fantasma, la función fálica y la fonación, con el padre. Es por eso que sitúo a la voz como predominante, un objeto singular que permite que la dimensión del tiempo pueda comprenderse. Porque el tiempo de hablar no es sin la voz, pero puede ser que en el hablar no haya tiempo, porque la voz se separa del hablar cuando se habla”.

Me quedo pensando entonces que así como el objeto mirada tiene un papel fundamental para la construcción del espacio, la voz sería la que permite construir la dimensión temporal.

Mirada y voz en relación a un Otro, que se imbrican en un espacio temporalizado, ya desde el estadio del espejo, donde la mirada anticipatoria de asentimiento, respecto de “ese sos vos”, se enlaza

4 Ferreira, Norberto, *Trauma, duelo, tiempo*, Editorial Kliné.

a un arrullo que calma, arma ritmo y tempera la espera, o a veces retorna con los modos más feroces del superyó.

En el *Seminario X*⁵, Lacan ubica el *shofar* y la voz por él soportada, como análogas de la función fálica. Retoma el mito del encuentro entre Dios y Moisés en el monte Sinaí, reunión privada entre un padre y su hijo, rodeada de truenos y relámpagos, de cuya consecuencia, las tablas de la ley, el pueblo judío tomará noticia, al escuchar el shofar. El sonido así proferido se considera la voz encarnada de Dios.

A partir de allí, puede comenzar a pensarse como objeto separable y cesible.

La alianza con Dios deberá ser renovada anualmente y el festejo de *Ion Kipur* (día del perdón) conmemorará el sacrificio de Abraham (Dios después de dar la orden de que mate a su hijo Isaac, se apiada de éste, detiene su mano en el momento del acto, y lo substituye por un carnero).

Lacan se hace entonces una pregunta interesante, porque si los feligreses en el templo están conmemorando este recuerdo, ¿se puede pensar que el instrumento llama a que el pueblo no se olvide de Dios? ¿No será al revés,

5 Lacan, Jacques, *Seminario X*, Editorial Paidós, 1963.

que este sonido viene a recordarle a Dios como gran Otro, que no se olvide de su rebaño clamando por su protección? Podemos ubicar allí el punto de angustia invocante del sujeto, en relación al Otro ante el temor por su silencio, leído entonces como olvido y desamparo absoluto.

Una pequeña viñeta clínica

Después de veinticinco años de casados, Claudia y Juan deciden regalarse para el festejo un viaje al extranjero, el cual es nombrado por la paciente como "nuestra segunda luna de miel". Con hijos ya independientes, es el momento para volver a amarse, con esta oportunidad que les da la vida. El itinerario tiene varios lugares para visitar así que todo esta pautado: vuelos, hoteles, excursiones, días. Al llegar al primer destino, Claudia comienza a angustiarse, sensación que crece con el correr de las horas alcanzando una magnitud, que solo se calma con el pensamiento de suspender todo y regresar. Cree morir, estar lo suficientemente lejos como para no poder volver y ver a sus hijos. La distancia se ha vuelto inconmensurable, no puede comer, ni dormir, se le impone parar y regresar en el primer vuelo. Lindando con la desesperación decide llamar por teléfono a su analista, quien la escucha, aloja sus

palabras y le propone volver a hablar al cabo de las próximas dos horas. Sucesivos llamados pactados cada vez, comienzan con el paso de los días, a armar un ritmo que se mantiene y donde el intervalo, se va espaciando según la necesidad. Claudia recupera sus coordenadas y puede continuar el viaje con mayor disfrute, siempre atenta al horario del llamado y la voz de su analista. Al regreso dirá en sesión: "No se si era tan importante lo que usted me decía, pero que estuviera su voz en el teléfono, me permitía pensar que si usted estaba acá, yo podía estar allá hasta mi regreso, si usted estaba en el teléfono yo iba a poder volver".

El analista soporta en transferencia, hace soporte para que algo del decir advenga y pueda ser dicho, hacer soporte implica movimiento, traslado de un lugar a otro, en un tiempo que es necesario incluir, para que algo de la palabra pase y no es sin la voz, que en este recorte privilegia un sostén que permite salir de lo inconmensurable que la había tomado, para devolverle las coordenadas de tiempo y espacio, coordenadas de la castración.

Bibliografía

Lacan, Jacques, "La agresividad en Psicoanálisis" en *Escritos I*, Editorial Siglo XXI.

Giorgio Agamben, *Historia e Infancia*, Adriana Hidalgo editora.

Samuel Beckett, *Esperando a Godot*, Traducción Ana M. Moix, Colección El ojo del Magma, 2006.

Freud, Sigmund, "Lo perecedero" (1915/16), en *Obras Completas*, Volumen XIV, Editorial Amorrortu.

Ferreira, Norberto, *Trauma, duelo, tiempo*, Editorial Kliné.

Lacan, Jacques, *Seminario X* (62/63), Editorial Paidós.

El arte de quejarse

Carolina Singer

*"Las mandé a todas a psicoanalizarse -dijo el hombre- Contraté a un sujeto de Zúrich que las atiende de a una por día. Nunca vi mujeres tan pesimistas; siempre quejándose las lleve a dónde las lleve."*⁶

Si se trata de compartir la experiencia clínica, hay algo irreductible que la atraviesa y con lo cual tropezamos dentro y fuera del consultorio. Se trata de "la queja". Hay una tendencia en el ser humano de encontrar siempre un motivo por el cual quejarse aunque la vida le sonría. Que levante la mano aquel que no ha escuchado o emitido algún tipo de lamento. Pedimos el "libro de quejas", llamamos querellantes al servicio de defensa al consumidor, hablamos del vecino que nos tocó en suerte, de lo insoportable que son las suegras, de que nuestro marido no es un príncipe azul, de la inseguridad del país, lo cara que está la boleta de gas; a fin de cuentas de lo injusta que ha sido y es la vida con nosotros. La lista es interminable pero todo

⁶ Fitzgerald, S., *El Crack-Up*, Editorial CrakUp, Buenos Aires 2011.

converge en un mismo pensamiento: ¿por qué tuvo que pasarme esto a mí? Con suerte por estos caminos nos crucemos con alguien que, ante nuestras infinitas y constantes quejas, nos pregunte como hizo Freud con Dora: “¿Y usted que tiene que ver en todo esto de lo que se queja?” Interrogación que nos acercará a la posibilidad de una implicación subjetiva. Ya no habrá de quién quejarse; ya no habrá que ubicar al culpable de nuestra desgracia neurótica sino que tendremos que hacernos responsables de aquello sobre lo cual emitimos un lamento.

Humana ¿demasiado humana?

Descartes considera que los animales son seres autómatas y que no poseen alma. Los denomina *machina animata*, esto es, que los animales son para él una máquina viviente y que su lamento no toma la forma de la queja. El quejido del animal es simplemente el chirrido de un mecanismo que funciona mal. “Cuando chirría la rueda de un carro no significa que el eje sufra, sino que no está engrasado. Del mismo modo hemos de entender el llanto de un animal y no entristecemos”⁷. ¿Pero por qué el lamento de un ser humano nos entristece? Porque somos seres

⁷ Kundera, M., *La insoportable levedad del ser*, Tusquets Editores, Barcelona, 1993.

parlantes y más que humanos somos sujetos y estamos sujetos al lenguaje. Y si en el animal ese quejido nada significa es porque allí no hay quién articule ni quién lea ese chirrido como demanda. Pero si en vez de un chirrido pensamos en un grito, bajo la exclamación “¡AY!” podremos encontrar en él un primer esbozo de la queja. La función del grito como un llamado al Otro y la queja como una de las formas en que la demanda puede articularse. En el grito algo se hace oír se grita para que el Otro no se olvide de uno invocando su presencia. ¿Qué sería de la queja si no hubiera a quién dirigirla o no hubiera de quién quejarse? Parece que la queja pulsa por hacer lazo.

Es cierto que alguien puede sufrir sin la necesidad de quejarse pero por medio de la queja podemos anoticiarnos de que alguien sufre. En el lamento algo es exhibido, algo se muestra, algo se denuncia a través suyo. Se trata del desencuentro del sujeto con el mundo. Hay algo demasiado grande como para ser soportado en la precariedad de nuestra existencia y la queja nos habla de ello. “La tragedia – dice Frida Khalo – es lo más ridículo que tiene el hombre pero estoy segura, de que los animales, aunque sufren, no exhiben su pena en teatros abiertos

ni cerrados. Y su dolor es más cierto que cualquier imagen que pueda cada hombre representar o sentir dolorosa”⁸. Algo difícil de soportar se apodera del sujeto y la queja le provee la posibilidad de que esto sea soportado en una escena. La queja es una expresión que denota dolor, pena, sufrimiento, desazón, resentimiento, creando diferentes escenarios pero que comparten -como dice Frida- una misma trama: el drama.

La miseria neurótica es una clara puesta en escena de la Tragedia humana. Al neurótico le ha ocurrido la mayor de las desgracias y ubica a los culpables de su sufrimiento en la novela familiar, el destino o la vida. Se trata de un Sujeto que se presenta como víctima y se pregunta: ¿por qué tuvo que pasarme esto a mí? Considera que él es alguien especial y que ha ocurrido con él un destino trágico inigualable. Sujetos que han sido privados de algo, a los que les ha ocurrido alguna injusticia y por eso piensan que tienen derecho a estar exentos de ulteriores requerimientos. Es desde este lugar de supuesto privilegio y de “excepción” donde consideran que la vida les debe algo y dónde la queja encuentra su cauce. Habría en toda queja una sed de venganza, alguien o algo será el culpable de que se sufra y deberá pa-

8 Kahlo, F., *El diario de Frida Kahlo. Un íntimo autorretrato*, Editorial Norma S.A., Bogotá, 1995.

gar por ello. Esa indignación es la que lleva al resentido a sumergirse en una borrachera de poder donde vanagloriarse y gozar de sus miserias. En la queja algo se satisface aunque el Sujeto no lo sepa. Y Nietzsche nos advierte al respecto: “tengan cuidado si se cruzan con un resentido porque... ¡atacan!”⁹.

Posición que volvemos a encontrar en aquel poeta taciturno que Freud nos trae a cuenta de la transitoriedad. Ante la caducidad de lo bello el poeta es llevado poco a poco hacia el doloroso hastío del mundo. ¿Cómo gozar de lo bello si esto es transitorio? ¿Cómo encontrar el gozo en la vida si nuestra existencia es transitoria? Este joven poeta, se revuelve contra la idea de lo perecedero y exige ser una “excepción”, esto es, perdurar de alguna manera. El poeta Fernando Pessoa en el Libro del desasosiego nos habla de ello: “Le pedí tan poco a la vida y hasta ese poco la vida me negó. Una hebra de sol, el campo, un poco de paz con un poco de pan, que no me pese mucho el saber que existo, y no exigir nada a nadie, ni que nadie exija nada de mí. Todo eso me fue negado”¹⁰

9 Nietzsche, F., *El ocaso de los ídolos*, Tusquets Editores, Barcelona, 1998.

10 Pessoa, F., *Libro del desasosiego*, Emecé Editores, Buenos Ai-

El lamento por lo perdido vuelve a aparecer plasmado en el arte musical a través de los nostálgicos tangueros. Cátulo Castillo en La última curda se lamenta como el taciturno poeta por lo transitorio: "Lastima bandoneón mi corazón/tu ronca maldición maleva... ¡Ya sé! ¡No me digás! ¡Tenés razón! /la vida es una herida absurda/ y es todo, todo tan fugaz que es una curda inada más!/mi confesión/ contame tu condena/decime tu fracaso/¿no ves la pena que me ha herido?..." Los cantores y compositores de tango dan testimonio de esos infinitos y nostálgicos adioses bajo la forma del lamento. Se culpabiliza al otro por el abandono, por el sufrimiento y en ese mismo movimiento se lo hace presente para no olvidarlo o para que no se olviden de uno. Así lo dice Discépolo: "Como olvidarte en esta queja, cafetín de Buenos Aires... Sobre tus mesas que nunca preguntan/llore una tarde el primer desengaño/nací a las penas/bebí mis años/y me entregué sin luchar..." También encontramos en el tango ese quejido sonoro surgido del vacío insondable del fuelle de aquel instrumento emblemático y que Juan de Dios Filiberto nos hace sentir en sus "Quejas de bandoneón". Y es esa quejosa sonoridad la que toma al cuerpo para hacerlo finalmente danzar. Discépolo dirá que el tango es un pensamiento triste que se baila. Y así como se res, 2010.

necesitan dos para bailar un tango, también se necesitan al menos dos para que la queja se encauce.

Pero la historia también nos habla de un lamento colectivo, la queja de todo un pueblo, surgido hace miles de años y que aún hoy resuena en las paredes de un muro. Se trata del "muro de los lamentos" que ha quedado en pie luego de la destrucción del templo sagrado de Judea en manos de los romanos. Frente a él se lamenta la destrucción de la ciudad junto a la dispersión del pueblo judío. Sin embargo mientras el emperador Tito dejó en pie el muro para que los judíos no olvidaran su derrota, el pueblo hebreo lo transformó en símbolo de su alianza con Dios, a la espera de su redención. Un pueblo que ha sido elegido ni más ni menos que por Dios. Deleuze dirá que el profeta se pregunta: ¿por qué Dios me ha elegido a mí? ¿Qué hice para merecer esto? Tener que hablar en nombre de Dios o ser el Pueblo elegido por este es algo difícil de sobrellevar. Algo demasiado grande de ser soportado se apodera del Sujeto y la queja nos habla de ello. Deleuze dirá que encontramos en la queja como en el arte algo "sublime" ya que consiste en pensar "esto que

me ocurre es demasiado grande para mí”¹¹. Cuando alguien se queja no busca en realidad que los otros lo compadezcan, sino que anda en la búsqueda de una transformación.

Un día le preguntaron a Alberto Badía qué pensó cuándo le diagnosticaron cáncer. Lo primero que hizo fue maldecir la vida, “¡por qué hubo de tocarme esta enfermedad!” Sin embargo, con el paso del tiempo no sólo que aquello transformó su vida sino que la queja por la precariedad de la existencia se transformó en un “¿por qué no habría de pasarme a mí?, ¿Quién soy yo para ser una excepción?” Se trata de poder transformar, como dice Roberto Harari, la miseria neurótica en una infelicidad común, poder “realizar lo realizable sin llegar a disfrazar como imposible lo perteneciente al orden de la impotencia y sin disfrazar como impotencia lo efectivamente imposible”¹². Que la queja pueda ser dirigida de modo tal que se produzca alguna consecuencia, ya que no se puede hacer “oídos sordos” a eso que pulsa constantemente por hacerse oír. Dónde la queja pase a ser algo sublime y ya no sede de un padecimiento.

11 *El Abecedario de Gilles Deleuze*. J de Alegría (Joie) (1988-89) 2/2 (programa televisivo) <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/video29.html>

12 Harari, R., “Lo sucedido con mi vida no es tan malo”, *Página 12*, Sección Psicología 9/7/09.

Dejar finalmente de penar de más y poder decir “Lo sucedido con mi vida no es tan malo”¹³.

Sin embargo no se trata de desterrar la queja del seno de lo humano ya que como dice Nietzsche “Es preciso exhibir la desgracia, quejarse de vez en cuando de manera que todo el mundo nos oiga impacientarnos de una manera visible; pues si los demás se enterasen de que nuestra alma está tranquila y es feliz a pesar de nuestras privaciones y de nuestros dolores, los hayamos envidiosos y malvados... de suerte que nuestro sufrimiento público es ciertamente también para nosotros una ventaja privada”¹⁴. Porque “...la simple queja, el mero hecho de quejarse, puede darle un encanto a la vida y hacerla soportable”¹⁵.

La queja es como una loca inquietud que puede llegar a convertirse en poema, canción, baile, deseo, redención, en fin, en algo sublime. Ya que no se trata de que nuestro poeta pesimista, los nostálgicos tangueros, los resentidos, los elegidos, los neuróticos, en fin, todos aquellos

13 *Ibidem*.

14 Nietzsche, F., *Humano, demasiado humano*, Editorial AKAL, Madrid, 1996.

15 Nietzsche, F., *El viajero y su sombra*, Plutón Ediciones, Madrid, 2011.

personajes quejicosos dejen de una vez por todas de lamentarse

Habría una frustración, una insatisfacción que motiva y moviliza la queja de "los resentidos". Aquel que se lamenta no sabe siempre lo que quiere decir, pero la queja funciona como vehículo de un malestar.

Hasta acá les he presentado a una serie de personajes -claro que la lista puede ser ampliada- en los cuales la queja va cobrando distintas formas y adoptando diversos estilos. Pero podríamos decir que si algo tienen en común es que esos lamentos surgen del desencuentro de un sujeto con el mundo y de la precariedad de la existencia. Hay algo demasiado grande como para ser soportado y la queja nos habla de ello.

Hay distintas modalidades y estilos en que una queja se hace oír conformando una serie de personajes quejicosos quienes nos permitirán pensar de qué se trata la queja o mejor dicho qué es tratado por esta. Tomaremos dos casos: el pensamiento del profeta y el pensamiento del hipocondríaco. El profeta profiere "¿por qué Dios me ha elegido, qué he hecho yo para merecer esto?" Y el hipocondríaco se lamenta "¿por qué tengo órganos?" No es por el dolor que emite intensas y constantes quejas ya que finalmente no es ahí donde le duele. Sino que se queja de que algo

demasiado grande para ser soportado se apodera de su corazón, de su hígado, de su pierna. Los judíos, sin embargo, lo atribuyeron a una promesa hecha por Dios, según la cual siempre quedaría en pie al menos una parte del sagrado templo como símbolo de su alianza perpetua con el pueblo judío. El Muro simboliza al Pueblo Judío, que también sufrió varios esfuerzos para ser destruido, y, como el Muro, sobrevivió y se mantuvo a pesar de sus enemigos, y continúa fuerte. Cuando Dios hizo su alianza con Abraham, dijo que esta sería eterna, asegurando la existencia eterna del Pueblo Judío.

Cuando Roma vence en los territorios de Judea, su emperador decide dejar en pie una parte del muro del templo sagrado que se había salvado de la destrucción, para que los judíos recuerden su derrota. De allí lleva el nombre de "muro de las lamentaciones" y frente a él se lamenta la destrucción de la ciudad junto a la dispersión del pueblo judío.

Nietzsche, por su parte, nos dice que en toda queja hay una sed de venganza y eso es lo que crea el resentimiento. Esa hermosa indignación los lleva a sumergirse en una borrachera de poder donde se recuerda la Tragedia de la Ciudad Santa. Frente al Muro, se lamenta la destruc-

ción de la ciudad y la dispersión del pueblo hebreo. Entre los rezos de los judíos se incluyen las fervientes súplicas a Dios para que vuelva a la tierra de Israel, el retorno de todos los exiliados judíos, la reconstrucción del templo (el tercero), y la llegada del mesías. La tradición de introducir un pequeño papel con una plegaria entre las rendijas del Muro tiene varios siglos de antigüedad. Entre los rezos de los judíos se incluyen las fervientes súplicas a Dios para que vuelva a la tierra de Israel. Los viernes y días de fiesta, hombres de largas barbas grises besan las piedras, llorando la destrucción del templo. ¿Podrán arrodillarse también ante el Muro de las Lamentaciones en el futuro? Nadie conoce aún la respuesta. Aún no ha llegado a su fin la tragedia de la "Ciudad Santa".

En este punto podrían aparecer los judíos resentidos porque han destruido su ciudad y dispersado a su pueblo. Sin embargo, han podido transformar ese resentimiento en reivindicación y el muro pasó a ser el símbolo de su alianza con Dios y ellos a ser un pueblo elegido por él y así buscar su redención. El muro de los lamentos contiene ahora sus esperanzas y sus deseos.

Freud distingue en esta masa de neuróticos aquellos que se autodenominan como "excepciones". Otra modalidad de queja es la que Freud distingue

respecto de ciertos sujetos a los que denomina "excepciones". Se trata de aquellas personas a quienes les ha ocurrido alguna injusticia. La vida los hizo sufrir y han sido privados de muchas formas y por todo esto piensan que tienen derecho a estar exentos de ulteriores requerimientos. Cada cual quiere ser una excepción y reclamar privilegios por sobre los otros. Es desde este lugar de supuesto privilegio donde la queja de estos sujetos cobra sentido bajo la forma de la reivindicación. Estilo que volvemos a encontrar en el amigo de aquel poeta pesimista que Freud nos trae a cuenta de lo transitorio, quien ante lo perecedero se revuelve contra esa facticidad aseverada y exige poder perdurar de alguna manera. Sin embargo aquel mismo lamento por la transitoriedad de las cosas bajo la pluma de un poeta puede ser transformado en "elegía". De esta manera, aquel joven y taciturno poeta ante la caducidad de lo bello se encuentra condenado a no poder regocijarse de ello y es llevado hacia un doloroso hastío del mundo, puede convertir su lamento en poema. Comenzamos por aquel a quien le ha ocurrido la mayor de las tragedias jamás pensada. Hablamos del sujeto neurótico a quien le sucedió una desgracia y se lamenta. En seguida vienen

las respuestas bajo la forma del drama, la novela familiar, el destino, la vida. Ahí están los culpables de su sufrimiento y de su miseria neurótica. La queja aparece así como expresión de un sujeto presentado como víctima y de un ser que se cree no común.

Bibliografía

El Abecedario de Gilles Deleuze. J de Alegría (Joie) (1988-89) 2/2. Programa televisivo <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/video29.html>

Fitzgerald, S., *El Crack-Up*, Editorial CrakUp, Buenos Aires, 2011.

Freud, S., "La transitoriedad", *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1976.

Freud, S., "Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico: I-Las excepciones", *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1976.

Harari, R., "Lo sucedido con mi vida no es tan malo", *Página 12*, Sección Psicología 9/7/09.

Kahlo, F., *El diario de Frida Kahlo. Un íntimo autorretrato*, Editorial Norma S.A., Bogotá 1995.

Kundera, M., *La insoportable levedad del ser*, Tusquets Editores, Barcelona 1993.

Nietzsche, F., *Humano, demasiado humano*, Editorial AKAL, Madrid 1996.

Nietzsche, F., *El ocaso de los ídolos*, Tusquets Editores, Barcelona 1998.

Pessoa, F., *Libro del desasosiego*, Emecé Editores, Buenos Aires 2010.

Uzín Olleros, A., "Sobre la queja filosófica y su posible encauzamiento", <http://arielenlinea.files.wordpress.com/2010/07/queja.pdf>

Indice

El Capricho.

Viviana Berarducci

El Secreto.

Miriam Bruk

Sólo se trata de palabras.

Ana Paula Cabaleiro

La repetición en la clínica. Una de sus formas: el problema del carácter.

Carolina Durán

Estilo (Im)propio.

Analía Estévez

Acerca de la fantasía.

Andrea Goldenberg

¿A quién pertenece un sueño?

Lilian Gonzalez

La posición del analista. Entre vicisitudes transferenciales, ideales e ideología.

Fernando Luchetta

¿Es el concepto de *progreso* válido para ser incluido en la clínica psicoanalítica?

Ana Niemtzoff

Pudor y vergüenza.

Alcira Otero

Algunas ideas sueltas sobre el tema de la espera.

Regina Poyastro

El arte de quejarse.

Carolina Singer